

**Colección**

**1**



LITERATURA CREATIVA

*Son* RELATOS

COLECCIÓN INÉDITA DE RELATOS ORIGINALES

# ***Son* RELATOS**

---

© Luis Tamargo

[ltamargo@telefonicanet.com](mailto:ltamargo@telefonicanet.com)

---

# Índice

## Introducción

### P A R T E 1ª

#### E R A U N B O S Q U E . . .

Era un bosque

La historia del Abuelo

El Duende Particular

Un árbol llamado Pablo

Una cama especial

Trueno de Agua

Espesura

### P A R T E 2ª

#### A L A S

Alas

La casa rosa

Pobre Meri

Ni huella

Mientras llovía

Puro miedo

El Cuadro

### P A R T E 3ª

#### L O S A C A N T I L A D O S

El cazador de cuentos

El Premio

Un puente cruza Searles

Las gasta más duras

Un poco de mala suerte

La octava planta

En cierto sentido

Silencio en la jungla

Los Acantilados

La caravana

### P A R T E 4ª

#### E N L A O T R A O R I L L A

A primera vista

La otra orilla

A la deriva

Flor de Isla

El lazo en la caña

De mar y de tierra

## ÍNDICE

## ERA UN BOSQUE

Era un bosque, diríase que unido más que apretado, aunque de lejos semejaba una compacta masa arbórea. De cerca, sin embargo, era PaloAncho el encargado de marcar las diferencias. Todo el bosque parecía girar en torno a él, grave y serio, rodeado de convecinos que respetaban su edad. Fue AltoyDelgado quien dio la noticia. Se cimbrió ligeramente, agradecido a la brisa, para susurrar en las hojas de su compañera el mensaje que todos anhelaban compartir. Llevaban largas semanas expectantes por los acontecimientos. Nunca conocieron dos veranos seguidos tan largos, sin descanso ni pausa para sus fatigados troncos. Primero, comenzaba el humo levantando nubes redondas y cenicientas sobre sus copas. Luego, venían las despedidas de sus hermanos. El encinar de Loma Llana ya había desaparecido el año anterior. Y

también el Robledal Centenario y las Hayas Bellas descarnaron, asomando solo sus puntas negras, la ladera de Montaña Blanca que ahora, desde el Acebal Solitario, temeroso, ofrecía su agreste tristeza al desolado paisaje.

Los eucaliptos se estremecieron nuevamente, unos con otros, alarmados por el oscurecido cielo, salpicados por el hollín, por el amenazante crepitar... TalloEsbelto abrazó el cuerpo de BuenaSavia, acurrucaron sus ramas, besándose. Contemplan amorosos los brotes nuevos que nacían, verdes, y los retoños que a su lado ya crecían, juntos. Dejaron resbalar sus lágrimas sin piedad, sin compasión, irremediabilmente. Y lloraron, lloraron ante el inminente final...

Tanto y tanto lloraron que al despertar de aquella mañana se dieron cuenta que llovía, irremediabilmente llovía. La lluvia se había unido a su honda pena con su lamento de salvación. Los árboles lloraron y la lluvia caía.

...Era un bosque, diríase que unido si uno se iba acercando.

## LA HISTORIA DEL ABUELO

Llovía. Las gotas, agarradas al cristal de la ventana, se resistían, pero el temporal las empujaba en un competir sinuoso. El fulgor del relámpago asustó la noche. Y un tronar largo se arrastró por el techo de la casa. Por un momento el mundo pareció más grande de lo que habitualmente se piensa. Hasta otros seres, otras caras, podrían ser posibles. Por eso me tranquilizó la voz familiar que pronunció mi nombre. El abuelo modulaba la voz siempre que se acercaba para convertirme en cómplice de su historia. Y comenzó así:

Al nacer tu padre yo me encontraba lejos. Vine del oeste,

pero debido a mi profesión de cartero fui destinado a petición propia en varias provincias. Así paré en el norte, donde nació tu padre, donde tú naciste, donde mañana seguro que nacerá tu hijo.

De todos los oficios, el de ser padre es el más arduo porque el fruto de ese trabajo, como en este caso, no fue degustado. Tu padre te educó, se sacrificó por cuidarte y proporcionarte los medios para tu desarrollo. Y de todo ello, lo más grandioso es que estuvo y sigue estando a tu lado.

Yo no conocí a tu padre. Tu abuela sufrió lo indecible para sacar adelante a aquel niño diferente. Diferente porque tu abuela era viuda y era una mujer en la copa de la vida. No se puede echar cerrojo a la juventud y, de hecho, llevar el pan a cinco hijos más, sin la mano recia de un hombre, no debe de ser trago alegre precisamente. Y aparecí yo de por medio. Aquellas ganas de madre me vencieron y, a cambio, me aproveché de aquellas ganas de mujer. Te lo

confieso: tu padre es el fruto de aquel árbol olvidado.

Yo desaparecí. Aquel niño no tuvo padre. Si ahora yo viviese tendría ciento ocho años. Me volví al oeste de donde partí, no sin antes haber recorrido alguna que otra provincia más a caballo de mi trabajo de cartería. Siempre repartiendo cartas...Y ni una sola carta, sin embargo, llegó a la casa de aquel niño, tu padre.

Otro trueno se perdió de la mano de estas últimas palabras, que resonaron en mí con un eco sordo, como si hubieran estado allí suspendidas desde siempre, esperando un rostro que nunca existió. El abuelo no estaba allí, nunca lo estuvo... Me atrevo a comprender, abuelo, lo que nunca fue. Me atrevo a entender los motivos de tu huída, de tus miedos para hacer frente a una responsabilidad no meditada desde un principio, de qué dirán, de la familia que dejaste, quizás, abandonada también en tu tierra... Eterno huir. Siempre pasajero, siempre la misma carta repetida.

Semilla de infinita desilusión en una infancia plena, como la tuya, igual que la mía, como la que desearías para un niño nuevo. No te pregunto por qué. No me duele: tan solo por la parte que a mi padre concierne me atrevo a prometer que nunca dejaré de estar al lado de mi hijo, al lado de mi padre... Cuando cese la lluvia me acercaré al pueblo, a visitar el prado aquel donde se yerguen, altivos y dignos, los árboles... Vigilaré sus ramas y sus frutos, para que no se tuerzan desde pequeños. Que solo el viento de otoño se lleve las hojas de su tributo y así se cumpla lo que tenga que ser. Y esperaré la nueva primavera junto a ellos, al lado de cada árbol... No saldrá de ellos la pasta donde se escriba una historia igual!

## EL DUENDE PARTICULAR

Al doblar la curva del río, entre la espesura de hayas, hay una gran piedra plana, redonda, semiroída en uno de sus cantos. Sentado en ella, apoyado sobre la cagiga milenaria puede contemplarse el río. El agua juega y arremolina espuma entre los surcos de las rocas enmohecidas. Un hilo de luz se asoma por el techo de hojas y, desde arriba, dibuja un arcoiris en la orilla, un manto multicolor que envuelve al hada del arpa, que danza y deja bailar sus dorados cabellos al sol, rodeada por un séquito de diminutos duendes, numerosos y curiosos, que se acercan y rodean la gran piedra plana. Algunos, de nariz arrugada, son feos y se esconden detrás de los árboles. El más bello se acerca y mueve los labios. No me habla, pero le escucho y, mientras se acompaña de suaves movimientos y ademanes delicados, me explica que lo veo porque soy niño. Se

llama Particular, respondiendo a mi pregunta y continúa explicándome que él es el duende que me corresponde. Sí, de acuerdo al carácter de cada uno nos acompaña uno u otro duende y, por un instante, suspiro aliviado de que no sea uno de los que se ocultan tras las peñas. Con gestos elegantes se da prisa en aclararme que no somos niños siempre, que luego crecemos y es natural que así sea, pero que perdemos el alma niña y nuestro espíritu queda enturbiado por el tiempo. Después, un día, cuando contamos el secreto desaparece finalmente el hechizo.

Aún resuena el eco del duende en mis recuerdos. A la entrada del río, hoy, un cartel de grandes letras se anuncia: "Se Vende Finca Particular"... Lleva ahí tantos años como los que yo anduve fuera del hogar. Ahora sé que no existe riqueza alguna capaz de comprar lo que ese bosque esconde. Y si lo hubiera, andaría igualmente sobrado de ignorancia al desconocer el verdadero valor de tesoro tan incalculable.

...Hoy espero al otro lado del puente y, desde la orilla, a veces veo llegar algún niño que regresa por el camino vecinal, junto al río. No parecen ni tristes ni alegres... Son sólo niños, verdaderos niños que el río contempla a su paso.

## UN ÁRBOL LLAMADO PABLO

Entre los humedales se fue abriendo paso ahora más ligero, aunque bastante fatigado. Atrás quedó el peligro de la zona pantanosa y de los tramos que hubo de atravesar con el agua llegándole hasta el pecho. Sujetando el machete por encima de la cabeza, con los dientes apretados, avanzó con lentitud cada centímetro, tragándose el

sudor que goteaba de su barba rala, hasta que por fin el lodo se tornó firme y pudo correr hacia el bosque. Un suspiro de esperanza pareció resucitar de sus sofocados jadeos cuando penetró en la espesura. Sin detenerse, continuó la desenfrenada carrera, apartando a golpe de machete la maraña de lianas que obstaculizaba su camino. Un camino improvisado sobre la marcha, inventado por el afilado cincel del único arma del que ahora podía fiarse. También atrás quedó el galopar tumultuoso y los ladridos salvajes de las fieras desbocadas, alentadas por los gritos no menos fieros de sus perseguidores.

Corrió y corrió hasta caerse, hasta que todo ápice de energía se esfumó, desgastado. Su rostro quedó hundido en el barro del suelo, entre las hojas, al pie del gran tronco, bajo el frondoso techo del bosque.

Aquella zona de la costa oriental era conocida por la bravura de los piratas que la custodiaban y, por tanto, tan temida como evitada. Sin

embargo, la galerna que le desarboló el palo mayor fue una más de las que frecuentemente se desataban en el área en aquella época del año, dejándole así a merced de las aristas rocosas de los arrecifes, sembrados indiscriminadamente por la mano del diablo. Advertido del riesgo, el inoportuno temporal vino a complicar el viaje inesperadamente.

Sin fuerzas para oponerse a los piratas que lo capturaron hubo de padecer un tortuoso cautiverio, interminable de no ser por el descuido igualmente inesperado de sus captores que, oportunamente, supo aprovechar. La persecución fue despiadada y, durante la carrera, habló consigo mismo repasando cada pregunta y respuesta, cada uno de los motivos que lo habían empujado tan lejos en el viaje de su vida.

Recordaba la voz de su amigo Pablo animándole con tono amable, apaciguando sus miedos. Pensándolo bien no conocía a nadie con aquel nombre, pero sí reconocía la voz familiar del

amigo. Le hablaba del hogar y de las gentes que amaba en la otra tierra firme, de donde partió. Sí, se decidiría a volver, iba siendo hora de regresar. Ahora mismo no existía nada que más deseara y, llorando, se abrazó a su amigo, desconsolado. Así, abrazado, se despertó, con sus brazos alrededor del enorme tronco redondo, queriendo abarcar el ancho contorno del árbol que cobijó su sueño... Pablo, Pablo!, gimió aún levemente, mientras despertaba, incrédulo.

De vuelta a casa fue lo primero que hizo, según vino proponiéndoselo durante todo el trayecto. Llegó al pueblo dispuesto a dedicarse en exclusividad a cumplir aquella promesa. La antigua casa de piedra seguía en pie, aunque en ruinas y, así, recorrió cada rincón de infancia y los recuerdos que aún pervivían en los lugares que amó. Dejó que sus pasos le guiasen o, tal vez, fue el propio sendero que llevaba a la fuente el que lo guió... Por un instante dudó y se preguntó por dónde... Por aquí, por aquí!,

reconoció la voz, al final de la linde con el bosque. Se sentó allí, bajo el árbol grande, apoyado en el respaldo confortable de su grueso tronco y, extrayendo el libro del petate, leyó durante horas, ininterrumpidamente, hasta dormirse. Al despertar, se despidió... Hasta mañana, Pablo! ...Hasta siempre, amigo!, respondió el árbol, mientras se iba alejando.

## UNA CAMA ESPECIAL

De regreso al hogar, ya antes de enfilarse la suave pendiente de la pista polvorienta que asciende al rellano donde descansa la casa, se puede oler el perfume de hayas y tilos. Los salces y robles bordean el estrecho paseo que sigue el curso del río, con sus hileras ordenadas custodiando cada orilla. Es entonces cuando el fresco aroma de la vegetación tupida se apodera de uno y, de verdad, siento que llego a casa. Por eso mantengo la casa del pueblo de mis padres, ahí me crié y no podría soportar la idea de vivir alejado de estas fragancias que tantos recuerdos entrañan para mí.

Dentro, nada más traspasar el umbral de la entrada, el lenguaje sobrio y austero de la madera nos cuenta historias, fábulas, nanas sin edad, donde el tiempo no es que se haya detenido sino que paró cómodo a descansar. La piedra y la madera le dan el sello rústico inconfundible que poseen las casas de montaña. Allí vivieron mis

padres y aún conservo su dormitorio original, con su armario artesano y el comodín también tallado a mano, con su espejo y palangana azul de porcelana y su cama de nogal, solemne y seria. Sí, la conservo tal cual ellos mismos la dejaron, quizás por el respeto que supone una tan íntima añoranza, aunque tal vez influya el hecho de que en ella yo mismo viniera a este mundo. Es curioso, antes me parecía más grande, pero hoy soy yo el que va tomando las medidas justas del tiempo pasado. En especial hoy he reflexionado sobre estos y otros detalles, sobre todo desde que Olga ya sabe que lo que trae son mellizos. Era la alegría que necesitaba esta casa para resucitar el duende que la sostiene. No puedo dejar de esbozar una ligera sonrisa al imaginar a los chiquillos correr y saltar, jugando en el pasillo o en la gran sala. Además, la huerta y el jardín constituyen el marco inmejorable para que crezcan en un medio natural, sanos y felices. La escuela, apenas a un par de kilómetros nos permite permanecer inmersos en

el sosiego del bosque sin quedar demasiado aislados del contacto con la población. Sin embargo, las nuevas circunstancias obligan a remodelar algunos aspectos de la casa, es necesario reacondicionar la habitación de mis padres como cuarto de los niños. Por un momento, sentado en el lecho de mis padres, me siento apenado por el rumbo inhóspito que la vida depara a su paso, no existe amparo o tregua ni santuario perenne donde la memoria perviva, solo su devenir inmediato. Mañana es preciso llevarse la cama y desalojar el cuarto, el tiempo no espera.

Los niños han crecido, crecen y siguen creciendo casi tanto como los abedules y fresnos del camino que conduce a la fuente, como el poblado de encinas en el monte, tan altos y fuertes como los esbeltos eucaliptos y abetos. Ahora que marcharon lejos empujados por la savia que corre en sus propias venas, sobra mucho tiempo que dedicarles para que no se enmarañe la maleza del olvido. Quizás un día regresen a su nido,

al paisaje de la infancia que dejaron atrás y, en cualquier caso, siempre tendrían allí su sitio.

Algunas tardes, aunque últimamente con más frecuencia, voy paseando más allá del cerro, para subir hasta la peña y adentrarme en el bosque, monte adentro, allí, entre la hojarasca que siembra el otoño para borrar sus senderos secretos, me siento durante horas a observar la cama, entre los árboles, donde la espesura oculta las cumbres y teje un manto de hojas al cielo. En la frondosidad del bosque, la cama de mis padres descansa, plácida y señorial, custodiada por ejércitos de acebos que velan un sueño, de vez en cuando interrumpido tan solo por el canto apagado de un búho distraído...

## TRUENO DE AGUA

Mi nombre es Trueno de Agua, me llamaron así porque de joven una gran tormenta cambió el cauce del bosque y, debido al corrimiento de tierras que originó, mis raíces fueron a parar a lomos de una enorme roca sobre la pendiente que cae al río. Sin embargo, confinado en aquel risco, las ramificaciones más intrépidas de mis raíces hallaron el suficiente sustento para seguir creciendo y, aunque condenado en altura por el saliente de piedra que me obligó a crecer en sentido oblicuo, contemplo desde mi otero al resto de convecinos que habitan y gozan del borde florido del río. Ellos son hermosos, de tallo recto y liso, y sus hojas de un verde luminoso que se transparenta dorado cuando les baña la luz del sol. Desde lo alto los observo con resignado celo, nunca preguntaron, tal vez ni se apercibieron de lo que había a sus espaldas, pues tan entretenidos andaban en contemplar el reflejo de sus esbeltos cuerpos en el espejo

del río. Su gesto indiferente aún les hacía parecer más elegantes y, a cual más engalanado, competían por destacar en arrogancia.

Los inviernos en la pared rocosa eran duros y fríos, y no dejaban de serlo durante el verano húmedo y sombrío, tan solo aliviados por el colorido exuberante de las ramas que poblaban aquella margen privilegiada del río. Incluso, los cazadores se apostaban entre sus gruesos troncos para lanzar sus despiadados disparos contra los grajos o cualquier otro ave que se refugiaba en el risco. La piel áspera y rugosa de mi tronco también guardaba cicatrices como recuerdo de algunos de ellos. Aprisionado entre las escarpadas rocas, mi aspecto tosco y retorcido no alegraba precisamente la vista, ni siquiera otro cataclismo natural podría poner fin a tal desconsuelo al que en ocasiones me sumía, acrecentado por la cercana presencia de árboles tan bellos. Condenado tan solo a eso, a refugio de alimañas o de algún

que otro pájaro huidizo, deseé con fuerza que aquella maldita tormenta hubiera acabado bien del todo su trabajo... Pero fueron los cuervos. Ellos me sacaron del estado absorto en que me encontraba. Cuando los pájaros negros huyen es que algo extraordinario va a suceder. Y no se hizo esperar... Sonó como una cascada por encima de las copas de nuestras cabezas, el bosque entero alertó sus troncos, incluso hasta los más esbeltos de la orilla tensaron cada una de sus ramas para entender el origen de aquel estruendo. Sí, aquel ruido semejaba a un trueno de agua que arrollara todo a su paso... Sonreí con ironía al descubrir la expresión, un trueno de agua... Pero duró poco la sonrisa, al igual que la belleza en el rostro de mis árboles hermanos que, con horror, observaron la ola de agua y lodo que se avecinaba contra ellos. Uno a uno, fueron doblándose y cayendo al lecho torrencial del río, ahora desbocado, que con furia se los tragaba, implacable. Se llevó la primera hilera que bordeaba lo

que antes fue orilla, también se llevó la segunda y tercera fila de los árboles más altos y ensancho su cauce fatal hasta una cuarta hilera, la más próxima al pétreo acantilado. Desde arriba contemplé la tragedia con estupor y una gran pena me hizo encoger aún más. Toda la humedad de la roca que me dio el sustento se transformó en lágrimas y lloré. Lloré por los que antes estaban, aunque nunca preguntaron, pero lloré por ellos. La riada se llevó sus cuerpos hermosos, el gesto brillante de sus hojas vivas, la elegancia de sus ramajes y la faz altiva que apenas unos instantes les adornaba. Desaparecieron de súbito corriente abajo, entremezclados y rotos, sucios de lodo hasta las hojas. El lecho del río extendió sus dominios hasta donde antes ellos habitaron y ese recuerdo se convirtió en otra cicatriz más que añadir a mi maltrecho pesar. Es inevitable recordar cuando pendiente abajo escucho las aguas del río chocar contra las rocas de la pared donde sobrevivo.

Más arriba sé que el bosque continúa, me lo contó un búho. En una noche de luna me habló de las altas copas que pueblan la meseta y de la leyenda que entre ellos circula, dicen que entre la montaña y el río un trueno de agua intercede por ellos, velando por su permanencia. Aquí, en este lugar tan solitario, no hay otro consuelo que la visita del grajo o los milanos, a salvo por fin de los cazadores. La temporada pasada anidó una pareja de águilas, la misma que ahora regresa a hacerme compañía. Eso es lo que significa Trueno de Agua, todo lo que sucede tiene una razón de vida.

## ESPESTURA

Aún no había amanecido y era muy probable que aquella mañana gris nunca lo haría. El temporal golpeó con saña durante toda la noche anterior y, con el alba, llegó la esperada calma para las zarandeadas copas del bosque. En el semblante húmedo de cada árbol se reflejaba el triste presagio de lo que ya sabían no iba a ser un día fácil. Al Hermano Grueso lo había alcanzado un rayo en su parte media y la agonía se precipitaba ya hacia su desgarrador final. El bosque entero lamentaba su pérdida y, agolpado en torno suyo, arrojaban su último aliento con un cántico de hojas.

El Hermano Grueso era un veterano, había sobrevivido a cientos de nevadas y de tormentas si cabe más peligrosas que aquella. Incluso, cada año, había vencido el cerco de los fuegos que diezaban la población. En muchas ocasiones alentó con su canto a los otros

árboles heridos o moribundos, como ahora lo hacían con él. En las hermosas noches de luna sus historias sirvieron de lección para los Tallos Tiernos; les contó del curioso ser que viene del exterior, sordo a sus súplicas, y que cercena los troncos de los hermanos más robustos. Esa extraña criatura era la misma que cada verano incineraba la paz y rompía la calma de su hogar. Todos reconocían su sabiduría y, apenados, le animaban para que aguantara mientras se iban despidiendo uno a uno.

El grueso árbol sabía que caería, inclinado ladera abajo, justamente cuando el dolor de su costado alcanzara el umbral insostenible... Y con un quejido ronco quebró el horizonte del bosque para caer de lleno, con estrepitoso acierto, sobre el vehículo que ascendía por la carretera arriba.

Los árboles contemplaron estremecidos el impacto. Luego, llegaron las otras máquinas y los gendarmes, que apartaron el grueso tronco. A los bomberos

les costó trabajo sacar el cuerpo sin vida del conductor, así como rescatar sus pertenencias de entre aquel amasijo de chatarra. También encontraron las mechas, en gran cantidad, y el combustible preparado para impregnarlas... La noticia corrió rápidamente por la comarca, casualmente habían dado con el pirómano.

En la espesura del bosque flotaba el alivio de una canción, tal vez un susurro de hojas...

## ALAS

Hubo un tiempo en que la historia esperaba para escribirse al día siguiente. Por entonces, el mundo se bastaba a sí mismo, pero para el joven Kumbi nada resultaba extraño y sí nuevo todo lo que acontecía desde que el dios Chen'za se ocultaba hasta que volvía a renacer. Todo lo lejos que alcanzaba su memoria siempre había sido así, lo había escuchado en los consejos de la tribu de boca de los guerreros más aguerridos. Ahora era su turno. Desde el confín de los orígenes la selva había marcado la ley de sus antepasados. Para un indio tupùa esto significaba un paso adelante en el crecimiento como ser.

Kumbi abandonó el poblado, desnudo, mientras la tribu entera le daba la espalda. Formaba parte del rito. Atrás dejaba la infancia y, al regreso de su aventura, volvería con las alas del Cutzhul, pájaro de cresta azul, el trofeo que lo convertía en adulto y lo transportaba a su

verdadero sitio en la tierra. Se internó allá donde se perdían las sendas, temeroso, pero con orgullo, ataviado tan solo con las pinturas de guerra que el anciano Schamá le trazó sobre el rostro como correspondía a un futuro jefe. Desde un principio advirtió el peligro, aquella espesa sensación a su alrededor. También lo aprendió en los consejos, el gran guerrero Endaole contó en una ocasión cómo hubo de transformarse en árbol para descubrir la faz de sus perseguidores. Por eso, Kumbi tomó raudo sus precauciones, dispuesto a superar las tres pruebas que lo devolverían victorioso a la aldea.

La más compleja de ellas, para su sorpresa, fue la primera en realizar con éxito. Agradeció a los dioses la circunstancia de disponer el encuentro con aquel cadáver de caimán y lo tomó como un inmejorable presagio. Confeccionó con la piel del reptil un taparrabos para cubrirse y, avezado por el triunfo, se preparó para la prueba siguiente.

El ave de cresta azul habita las copas altas de los bálibos, que abundan en los lugares húmedos y pueblan las orillas de los ríos. Encaramado en lo alto, el joven guerrero acechaba el aleteo nervioso de los pájaros sagrados; su tronco erguido y el entramado de sus ramas lo convertían en el observatorio ideal. Una noche en que la vieja hermana Toancal menguaba pudo vislumbrar desde su refugio el motivo de su escondido temor... La sombra del fiero Jagua rastreaba entre el follaje y el indio supo que no quedaba mucho tiempo, aunque tampoco durmió aquella noche.

Inició la vuelta al poblado con su tocado de plumas azules recién estrenado, ansioso por abrazar a la pequeña Laioa, su recompensa por cruzar el umbral de la adolescencia. En la última prueba, el Schamá, encarnación viva del dios supremo, concedía el don del guerrero a la vista de los méritos obtenidos y en presencia del resto de la tribu. Pero antes de que toda la comunidad celebrase la fiesta de su madurez el

iniciado debía de esperar la llegada del alba nueva para su entrada triunfal en el poblado.

Coincidió por entonces que la ausencia de la hermana Toancal no iluminaba la noche y que el aliento del Jagua rondaba aún más cerca de sus pasos. Cuando el indio cruzó la oscuridad del poblado burlando el sueño de los centinelas su júbilo victorioso no le cabía en sí de gozo. No le fue difícil encontrar la cabaña de la bella Laioa, tantas veces que soñó con su encuentro; se habían criado juntos y ahora, por fin, podrían formar pareja, pues tal sería el deseo que le concedería su nuevo rango a la mañana siguiente.

Ya despuntaban los primeros rayos del Gran Padre Chen'za cuando los guerreros tupúa empuñaron sus armas dispuestos para la caza. Fue entonces, en el lindero con la selva cuando hallaron los restos de sangre y plumas azules diseminados entre señales de lucha. No muy lejos, colgado de una rama rota, pendía el deshilachado taparrabos de piel. Y entonces, lo

descubrieron... la silueta moteada del jaguar desapareció de un ágil salto entre la vegetación. Dicen que la ira del dios del mundo fue tan inmensa que de una pisada borró la tribu tupúa de la faz de la selva...

- Créame, amigo, ahí abajo viven seres que cambian para seguir siendo. El verdor de ese universo frondoso tiene un precio...

El teniente había escuchado durante el trayecto la historia del viejo nativo, que gesticulaba con vehemencia al tiempo que pilotaba el aeroplano. Manejaba los mandos con la maestría de un veterano maquinista ferroviario. Sobrevolaban la isla cuando el teniente se inclinó hacia la ventanilla. En aquella zona, efectivamente, la costa semejaba la huella de un gigantesco pie... Por un momento quedó absorto en la idea de un dios enfadado por la ineptitud de sus fieles. Desde la altura, el corazón verde de la selva brillaba como una joya sagrada.

El ala del aparato le sacó del estupor, al virar, y sonrió para sus adentros. La misión tocaba a

su fin, podría ahora felicitar a los muchachos.

## LA CASA ROSA

Dicen que no vieron la luna, que no apareció en todo el año. Otros lo achacaron a una fuerza sobrenatural, casi un castigo ejemplarizante contra los mundanos derroteros que escogían los cada vez menos humanos. Lo cierto es que la lluvia no cesaba, era excesivo tiempo el que transcurría sin que la lluvia no dejara de estar presente. De día y de noche, a cada momento, un llover incesante acompañaba cada quehacer, cada paso del mundo cotidiano que, a fuerza de su constante insistencia, podría decirse que se había convertido en algo familiar. En otros momentos, sin embargo, tal insistencia, muy lejos de acostumbrarnos, se volvía pesadamente odiosa, casi podía llevarle a uno al límite del sinsentido. Y luego, volvíamos a aceptarla, como un hábito ya inevitable, irremediable, casi parecía invencible.

Aquella mañana se levantó como siempre, acercándose a la ventana. Las gotas chocaban contra el cristal, estrepitosas, dibujando caminos de agua. Parecía que el día llorase, gris, agobiado también por el caer inagotable. Como lágrimas desbocadas, locas por buscar una salida, las gotas serpenteaban ramificando sus brazos líquidos. En uno de sus intrincados laberintos, los tentáculos de agua esbozaron algo parecido a un corazón y, entonces, como si despertara, le fue llamando la atención hasta que dio un respingo. El tono rosa del fondo, antes difuminado, cobró viva realidad, concretando su forma y, así, pudo distinguir el chubasquero rosa de la pequeña Patricia. Ella cruzaba la calle sola, pegada a la valla blanca, de madera, que bordea la casa. Desde la valla hasta la entrada hay un tramo amplio, adornado de jardines con rosales bien atendidos, con los setos recién podados y bien cercados, delimitando espacios. El pasillo central era de terrazo rojizo,

punteado en los bordes por una cenefa de arabesco. En las esquinas de cada parcela ajardinada, inmensos tiestos, pétreos, imitando jarrones grecolatinos, sostenían variedades desconocidas en el continente de arbustos perennes. Y la puerta de la verja, negra, metálica, pues el antiguo portalón de madera, con tejadillo incluído, sucumbió al paso inexorable de los años.

La tía Silvia cuidó la casa con esmero, aunque se puede decir que fue después de su muerte cuando la casa adquirió el tono renovado que hoy conserva. De hecho, él mismo se preocupó de que la valla exterior fuera restaurada de nuevo y pintada cada año.

Le cogió especial afecto a aquel torreón, bajo y ancho, en un costado de la mansión, pero que sobresalía por encima de ella con su cúpula brillante de pizarra negra, sobre todo ahora, mojada, con la lluvia. Le daba al resto un toque señorial, un aspecto acaudalado de digna tradición y elegante modernidad

bien hermanadas. Por eso se trasladó a las habitaciones de aquella parte del torreón, en realidad, al enorme salón de grandes miradores que por su extensión perfectamente podría servir como única vivienda.

La pequeña Patricia hacía ese mismo recorrido cada mañana, al colegio, excepto en verano, cuando acababan las clases, pero... ¿quién se acordaba ahora del verano? No había existido, parecía que había estado lloviendo toda la vida, siempre. Parecía imposible imaginar otro estado diferente a la lluvia, aunque todos lo desearan. Hasta el carácter de la gente se agriaba, tornándose más arisco y reservado. Había que salir a la calle, había que trabajar, estirar las piernas y entablar ganas de conversar, en algunas ocasiones, pero la maldita lluvia no cesaba, haciéndolo todo más incómodo.

Sin embargo, aquellos interminables días, tristes y oscuros, sirvieron para finalizar el asunto que llevaba entre manos desde hacía tanto tiempo. Antes había preparado los

materiales durante meses, seleccionándolos y mezclando convenientemente cada pigmento con meticulosidad hasta lograr el tono deseado. Fueron incontables las combinaciones de colores que se sucedieron hasta dar con la gama perseguida y, después, con el tono definitivo. Tantos y tantos fueron los meses que duraron las pruebas que transcurrieron años. La lluvia vino a complicar las labores, confió en que mientras durasen los preparativos la condenada lluvia cesase en su empeño, pero continuó ajena a otros planes que no fueran tan obstinados como los suyos. Para ganarle tiempo a la lluvia, se ocupó en ir almacenando los colores conseguidos en aquellos botes metálicos. Destinó la parte baja del edificio a ordenar matemáticamente en hileras toda aquella colección de botes de color rosa, un rosa de tono vivo, chillón, imposible de ignorar y así diseñado, con escrupulosidad de alquimista, precisamente para no pasar desapercibido. Todas las habitaciones de la mansión fueron de este modo llenándose

de botes de color. Luego, los pasillos, las salas y, en vista de que la impertinente lluvia obstaculizaba el proyecto, siguió pintando los objetos, los muebles, las paredes repletas de rosa, los marcos de las puertas, las puertas y los pomos, las cerraduras también. Los cuadros antiguos que adornaron durante lustros los grandes salones acabaron por sustituir el retrato y los paisajes por el fondo rosa intenso, un rosa embriagante, enfermizo de su propia agresividad. Los techos y sus molduras también sucumbieron al rosa, incluso el cofrecillo de madera de la tía Silvia, donde guardó sus mejores alhajas y que tanto cuidó en vida. Así, el proyecto inicial de pintar la fachada y la valla, ante las adversas condiciones, se truncó para desgracia del interior de la casa. También las alfombras quedaron rosas, los interruptores, la gigantesca lámpara de perlas que presidía el comedor, lágrima a lágrima, una a una, de rosa... Y la lluvia impertinente, persistentemente

advenediza, continuó como una maldición. No parecía que llegase el día sin que la lluvia acompañase cada latir, acompañando cada respiración... Ya había repasado cada rincón de la casa, cada objeto por minúsculo que fuese tampoco se libró de ser sometido al tono rosa más intenso inimaginable.

Fue la pequeña Patricia la primera que lo percibió. Cada mañana se había fijado, al pasar delante de la gran mansión, acicalada de su larga valla blanca, que una figura humana observaba asomada tras el enorme ventanal, ya casi se había acostumbrado a esperar su aparición tras el cristal cuando ella alcanzaba la altura del portalón principal. La lluvia atosigante le había impedido reconocer algún rasgo concreto en aquella figura lejana, allí arriba en el torreón, pero sabía que ese alguien aparecería a su paso y, luego, lo comprobaba de reojo, aunque refugiada en su chubasquero rosa. Por eso le extrañó que durante aquella

semana no surgiese su fugaz presencia en el torreón, después de haberlo hecho puntualmente durante todo el curso escolar y también en el anterior. Por eso se lo contó a su madre al llegar a la taberna. A Violeta, sin embargo, las observaciones de su hija Patricia le parecieron traspasar más allá del puro significado anecdótico, por lo que puso en marcha enseguida toda la maquinaria investigadora.

Cuando los gendarmes, acompañados del pertinente permiso, penetraron en la mansión ya vaticinaban el extraño cariz de la sorpresa que les aguardaba. Exploraron la gran casa, recorriendo sus pasillos de color rosa, abriendo cada puerta rosa, apartando de su paso las cantidades ingentes de botes de pintura, unos vacíos, otros aún repletos de color, de un llamativo rosa, casi hiriente. Todas las galerías del ala norte rebosaban de botes de color, ordenadamente dispuestos en hileras. Subieron los peldaños rosas y, asombrados, se miraron entre sí, al contemplar los

cuadros colgados, donde el rosa invadía desde los marcos hasta los fondos. La puerta de la sala alta del torreón se encontraba entreabierta y, cruzando el umbral, no atinaban a distinguir de entre los muebles y enseres de la habitación, contagiados de tanto color rosa, ebrios del color e incapaces para tratar de diferenciar los espacios. Por fin, le vieron. Le encontraron postrado en su cama rosa, sobre el edredón de idéntico color, tendido a lo largo con sus manos cruzadas sobre el pecho, sobre su abrigo rosa, con una ligera sonrisa rosa, una especie de mueca. Les costó un gran esfuerzo a los agentes dar crédito a lo que hallaron ante sus ojos, atónitos, un cuerpo humano enteramente cubierto de pintura rosa, desde sus cabellos, hasta cada pliegue de las orejas, las manos entrelazadas, la ropa, los zapatos rosas, los calcetines que dejaban entrever una pierna velluda de hombre, pero rosa.

Un remolino de gente se agolpó a la entrada de la mansión cuando sacaron el cuerpo

cubierto en una funda de plata. El murmullo se elevó en el breve instante en que lo trasladaron dentro del furgón policial y, luego, continuó resonando avivado por las preguntas y los curiosos... Y continuó así, sonando breve, regular, constante, hasta fundirse con el otro sonar incesante, el de la lluvia que, lejos de regalar un descanso a las gentes de la población, insistía pertinaz y desazonadamente con su interminable caer de agua, de gotas de lluvia sin fin.

## **POBRE MERI**

Regresaba a casa desde el norte, apurando kilómetros y horas de carretera sin descanso, con el ánimo ansioso por abrazar a la Mami y que sus dos pequeños retoños le enredasen la barba con sus abrazos traviesos. No podía apartar de su mente las palabras de la Mami, especialmente ahora que con tanto esfuerzo había logrado ahorrar lo suficiente para adquirir el "Pobre Meri", su propio camión. Nuevo y flamante, había respondido a la perfección en su primera travesía larga. Ahora, con el vehículo de su propiedad se sentía más dueño de su trabajo y más motivado para realizar grandes sacrificios a sabiendas que revertirían en el colegio y los libros de los niños y en la casa de la Mami. Atrás dejó los grandes puertos mercantes donde entregó la mercancía y, raudo, descendía por las interminables autopistas que

distaban aún a dos días del hogar.

La Mami, como buena mujer del interior, siempre le insistía en la necesidad de extremar las precauciones, no por desconfianza o falta de cortesía sino a fin de prevenir algún daño o pérdida de lo que con tantos sudores les había costado conseguir. Ahora por fin tenían la finca y, solo dios sabe, cuánto costó levantar la casa, piedra a piedra, cada viga y cada teja. Los pequeños podrían criarse con comodidad y sin estrecheces de espacio. Y el camión era su vida, así llegó hasta hoy, trabajando con denuedo cada palmo de asfalto. Por eso la Mami entendió lo que significaba el "Pobre Meri" para él, era su sueño.

Se acercaba a la gran cadena montañosa que sirve de frontera natural entre ambas regiones y se había propuesto amanecer al otro lado para ganarle un día al viaje de regreso. Al borde de los arcenes, mientras subía, ya aparecía la nieve con su huella ancha y plana, inmaculada, cada vez más ancha. En lo alto, la

niebla obligaba a circular despacio para distinguir el carril entre la carretera blanca. Por eso le llamó la atención el verde color del vestido que lucía aquella autoestopista, mientras caminaba por la orilla con el brazo extendido. Vaya lugar para quedarse parado!, pensó. Los copos de nieve caían espaciados, pero densos y, al respirar, el aliento se transformaba en vaho. También pensó en las palabras de la Mami, todo cuidado era poco para proteger la fuente de manutención de la familia, pero no pudo menos que sentir lástima por la precaria situación de aquella muchacha, abriéndose camino en solitario en pleno temporal.

El "Pobre Meri" saludó con un resoplido de motor nuevo la entrada en la autovía llana y recta, aunque también nevada. Liberado de la carga y del freno que supone la lenta ascensión, se dejó rodar ahora más ligero con la intención de repostar antes que anoheciera. Allí, aprovechó a tomar algo caliente mientras

llenaban sus depósitos de combustible. Desde el escaparate del establecimiento pudo contemplar cómo la muchacha del vestido verde descendía de un turismo recién llegado, semioculto de nieve.

Puso en marcha el "Pobre Meri" y, en la salida de la gasolinera, se detuvo frente a la muchacha autoestopista que desafiaba todas las compasiones. Pudo además comprobar que iba en manga corta y que la tela de su vestido resultaba escasa para abrigar a cualquiera de aquel gélido clima imperante. Así, desoyendo los ecos de los consejos de la Mami, hizo un ademán a la muchacha para que montara en el camión, dispuesto por su parte a poner fin a lo que podía deparar en desgracia de seguir haciendo oídos sordos.

La muchacha se sentó al lado y se quitó el gorro verde. Tenía la cara y el cabello mojados y, también, los brazos. Sostenía entre las manos una vara con una estrella verde en su extremo y, al verla tiritar, le ofreció su cazadora de cuero. Agradeció el

gesto con una mirada lánguida y le respondió que se dirigía al Hospital universitario de la Gran Villa, en la siguiente población. Eran fechas de carnavales escolares y no pudo dejar de pensar en sus pequeños y en las ganas locas de estrecharles en sus brazos. La muchacha no habló más en todo el proyecto. Podía comprender su inseguridad, su miedo al desconocido que, al fin y al cabo, podía resultarle también su persona. Al llegar al cruce la joven le hizo la señal de alto y nuevamente le dio las gracias, acompañando cada giro de cabeza con su triste y lánguida mirada. Salió apresurada, recogiendo los bajos del vestido mientras corría hacia los pórticos del edificio hospitalario.

Sonrió nervioso, al menos la Mami no tendría ningún motivo para preocuparse y él podía sentirse satisfecho de haber realizado una buena acción exenta de peligro. La noche se cernió sobre la carretera oscura y, acusando el cansancio, condujo hasta medianoche. Aquel hostel de carretera venía

ni que pintado para descansar y emprender la última etapa de vuelta a casa, tan solo a una jornada de distancia.

...Despertó sudoroso y, sobresaltado, se asomó a la ventana. No estaba el "Pobre Meri", no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Los frotó, incapaz de creerlo: se lo habían llevado! Maldita pesadilla!... Le agarraron por detrás, se abalanzaron sobre él, sujetando su cabeza, restregándole la barba con sus brazos tiernos... Papá, ha vuelto, ha vuelto! La Mami sonreía con los brazos a horcajarras y los pequeños encaramados a su espalda le daban la bienvenida entre gritos para terminar de despertarle. Volvió a asomarse, inquieto, pero el "Pobre Meri" seguía estando allí, donde antes parecía haber desaparecido.

Bajó al camión y abrió las puertas para inspeccionarlo, revisó cada rincón, cada detalle. En el asiento del copiloto descansaba una varita con una estrella verde...

Los niños chillaban... ¡"Pobre Meri" ha vuelto! ¡Ha vuelto "Pobre Meri"!

## NI HUELLA

Hay que conocer el lugar para admirar, más que para comprender, los milagros de la naturaleza. En aquella zona geográfica la costa se hunde con una ligera pendiente en el mar. Aquí, las formaciones rocosas son una prolongación suave del desierto que las precede, dando lugar a cavidades y galerías que horadan el pasillo costero.

Nummek se había criado allí y sólo él conocía el túnel que se bifurcaba hasta la altura de dos hombres para desembocar en la pequeña playa protegida, invisible

desde el exterior. Ahora, el viejo Nummek también sabía que dentro del castigo existía una bendición. Su única hija nació con un acusado retraso que afectó la postura de sus manos y un defectuoso movimiento al andar. Pero aunque tampoco pudiese oír ni hablar, la pequeña Maahira fue un regalo para Nummek. Desde niña la llevó a la recóndita gruta de la playa, allí gateó sobre la arena, allí dio sus primeros pasos hasta sostenerse en pie, apoyada en la enorme mole de granito que se sumergía en la orilla. De joven, cuando Nummek estuvo en la capital, ya había visto otras esfinges similares aunque sin la piedra de jade en su frente. Para ganarse la vida allí muchos se dedicaban a desenterrar las ruinas en busca de reliquias y objetos del pasado; sus antepasados lo hicieron antes con las pirámides.

La esfinge de su playa descansaba semihundida en la arena con su busto desnudo y los brazos cruzados sobre el vientre; la joya verde que adornaba su frente le otorgaba un rango

sagrado. El agua bañaba los signos escritos en la columna, que se perdía en el fondo, dando la impresión de que verdaderamente la diosa emergía del mar. Cuando Maahira se abrazaba a la esfinge y acariciaba su rostro una bella sonrisa inundaba la faz de la muchacha y, también, del alma del viejo Nummek desaparecía toda sombra de penalidad. Ese era su tesoro.

Como todos los días, regresaban del paseo en la costa al hogar cuando, al llegar, se encontraron con los arqueólogos. Nummek les dejó entrar a su humilde morada y trató de responder con cortesía a sus preguntas. La expedición rastreaba el área tras la pista de algún vestigio arquitectónico oculto como se desprendía de la interpretación de los manuscritos hallados recientemente, pero el viejo Nummek respondía ignorándolo todo. Un grupo de ellos hablaba entre sí, en idioma extranjero, luego el guía se dirigió a Nummek en tono conciliador... No, no se

proyectaba carretera alguna ni ningún complejo hotelero, ahuyentando sus preocupaciones; tan solo formaban parte de una exploración programada para rescatar del olvido toda posible ruina de valor arqueológico notable.

Nummek sujetó con fuerza el brazo de su hija Maahira, que no cesaba de golpearse la frente, nerviosa. Y con un gesto de desolación explicó a los científicos que todo cuanto allí había lo tenían a la vista, desde el polvo árido de la tierra que pisaban hasta el océano inmenso que devoraba al mismo desierto. El cartógrafo trazó una línea roja sobre el mapa extendido en la mesa y, luego, el guía señaló con su dedo índice el itinerario nuevo a seguir en dirección este, una vez descartado aquel mísero territorio.

El viejo Nummek contempló a los expedicionarios alejarse por donde habían venido... Había aprendido a aguantarse las penas, a guardar secretos. Porque sabía que a toda

maldición le acompaña un regalo de los dioses. Sólo eso le pedía a su diosa, se contentaba con aquella sonrisa... A cambio, él velaría su sueño sagrado.

## MIENTRAS LLOVÍA

Lo encontraron entre los escombros de la pared semiderruida. De allí se lo llevaron, lo sacaron por el jardín y la sirena de la ambulancia dejó asustada la calle con su estridente alarido, mientras llovía.

Su último recuerdo se remontaba al cuadro de la joven Sara, el regalo de su sobrina que no descubrió hasta pasados dos años del aniversario y que repentinamente cobró nuevo sentido para sus ojos.

...Un sendero ascendía entre el monte. A un lado, la cerca custodiaba los prados de un verde primavera; al otro, se perdía la huella en la sombra densa de un fornido roble de copa poblada. En lo alto, una hilera apretada de hayas apuntaba la avanzadilla de un bosque que se adivinaba inmenso en acusada pendiente hacia la otra ladera. Las nubes algodonosas resaltaban de entre el azul y un viento de tinte grisáceo deshilachaba sus finos hilillos al paso de dos golondrinas que, en acrobática pirueta, amenizaban el horizonte montañoso...

Permaneció dubitativo, absorto, durante unos interminables instantes, estudió el lienzo, le intrigaba la silueta confusa que dibujaban las ramas frondosas del roble con la vegetación que lo rodeaba. Tal vez una figura sentada de costado, tal vez agachada como si recogiera algo... No consiguió descifrar el enigma, pero lo resolvió optando por creer que la pintora, su sobrina artista, quiso

abocetar sin éxito una gruesa piedra de superficie rugosa. Le cautivó el ambiente que respiraba la pintura, la luz fuerte del cielo y el contraste suave de grises que teñían de frescor la escena.

...Solo recordaba que se dispuso a colgarlo, decidido a concederle el honroso privilegio de adornar la sala y abandonar así el cautiverio del empolvado rincón. Fue a la cocina y cogió el martillo y un puñado de clavijas del cajón de las herramientas. Ya había elegido el sitio preciso de la pared donde descansaría el lienzo, pero le era imposible recordar más. Hasta ahí llegaban sus recuerdos y la niebla que se extendía desde el antes hasta el después era igual de espesa que la lluvia que caía delante suyo y de los cristales de aquel mirador. En el hospital lo postraron con aire resignado frente al gran ventanal, casi convencidos de su inútil solución. Allí, en aquel pabellón ya habían alojado casos similares sin esperanza, abandonados al consuelo de una medicación o de un milagro. Los

familiares sabían lo que aquello representaba, no quedaba más que esperar a que el tiempo pasara igual de inadvertido que él hasta agotarse, hasta que toda huella de vida quedase borrada. Sin embargo, a él nada parecía importarle, no podía reconocer los rostros de sus familiares allegados ni siquiera prestaba atención a su presencia. Nada significaban los lamentos ni las preguntas ni aquella expresión horrorizada de su sobrina cuando le visitaba, tampoco podía escuchar sus palabras...

- El loco, el loco....-, musitaba sin creérselo aún la muchacha, mientras salía de la habitación echando un último reojo a modo de despedida.

Sólo recordaba que empuñó la herramienta y, al descargar el primer golpe, se coló dentro del cuadro... Se encontraba tan a gusto allí mientras afuera llovía. El asiento de piedra no era tan duro como a simple vista le había parecido. Desde aquella tonta caída no era el mismo, era incapaz de recordar algo de lo sucedido en el pasado y lo más

curioso era que tampoco le importaba. Sentado en la silla de ruedas frente a los cristales empañados, los familiares le observaban escudriñando un indicio de luz, mientras él permanecía ajeno a sus ademanes, ido, sin hacer nada para remediarlo. Él sabía que había cambiado desde que se cayó en el cuadro, algo debió de romperse para que se parase el mundo mientras que afuera llovía...

## PURO MIEDO

No, no era pereza aquello que le atenazaba, impidiendo mover un brazo o una pierna. Era hombre de costumbres forjadas a base de constancia y empeño, “de pocos a pocos” como le oyó decir a su

padre, también marinero. Tampoco se le podía llamar desidia a esa especie de indiferencia atroz, sobre todo ahora que era capaz de valorar el costoso precio de la experiencia, fruto de tantas jornadas de enconado esfuerzo. Resultaba entonces ridículo mostrar un gesto de congratulación y regalar el problema ya resuelto, adelantándose al final, como si nuestra generosidad quisiera hacerse merecedora de una medalla por su gesto heroico. No, no era petulancia ni falsa arrogancia, al contrario, habría tirado por la borda todas las condecoraciones si hubiera sido ese el remedio. Todavía le quedaba sino mucho, al menos, lo mejor por navegar, se lo había venido repitiendo durante todos estos años, cada vez que atravesaba aquel estrecho en la ruta transoceánica, al mando del ferry que a fuerza precisamente de método y disciplina se había transformado en su único hogar.

Desde la infancia se alimentó y nutrió del mar. Aún rememora

con regocijo el día que pudo mostrar a su padre el título de capitán que con tanto ahínco trabajó para ganarlo a pulso. Fue el sueño de su padre, modesto pescador en los caladeros del norte y ahora, a sus cincuenta y seis años, era su vida. No había hecho otra cosa que pilotar y navegar, recorrer rumbos y aprender para navegar mejor. En la actual compañía trasatlántica encontró sitio permanente durante los últimos diez años y, a estas alturas, solo le quedaba esperar, aguantar algunos años más haciendo lo que era suyo y le gustaba hacer, navegar, cruzar aquel estrecho que conocía palmo a palmo.

Realizaba una ruta preconcebida que poco variaba en su recorrido largo, pero no exento de mil encantos. El Capitán era un ferviente enamorado de aquella costa incomparable, casi amaba hasta la brisa gélida que en ocasiones soplabla al atardecer; entonces, salía a cubierta y dejaba que el viento jugara con los bucles de su cabello canoso, sí, le gustaba esa

sensación en su rostro curtido. Pero aquella tarde estaba raro, ni siquiera salió al puente de mando a otear el cielo, sobre todo porque antes, mucho antes de siquiera haber entrado al estrecho aquel iceberg disperso dio al traste con la ruta de las ilusiones. Antes, habían reconocido otras dos grandes moles de hielo flotante, aunque alejadas y, con cautela, siguieron evolucionando adelante. Pero aquel minúsculo trozo aislado tuvo la suficiente habilidad para pasar desapercibido al radar y rajar limpiamente el casco del barco.

No era desilusión, no. Tampoco podía llamársele así al embargo aquel de fuerzas que a medida que le abandonaban más fuertemente le hacían aferrarse al pasamanos helado del puente de mando. Mientras, el agua entraba por la herida abierta en el costado y, a borbotones, su peso sumergía al barco. Los acantilados estaban cerca y algunos de los botes neumáticos regresaban al buque una vez depositaban su cargamento de

tripulantes a salvo en la costa. Tampoco podría decirse que fuera egoísmo o falta de solidaridad, pues aunque padeció avatares y tormentas de las que alardear entre los nietos de sus amigos, también había disfrutado hasta entonces del mero placer de estar en cubierta y compartir marinería como una persona más.

Aquella maldita tarde tomó un rumbo distinto y nuevo que no figuraba en sus cartas de navegación. Y tampoco era engreimiento, no, no era eso. La última lección era la más dura de aprender y, en el fondo, casi se reprochaba a sí mismo su fatal confianza. Ensimismado en sus reproches, rígido e inmóvil, desde la baranda del puente aún pudo escuchar los gritos enérgicos y desesperados que desde las lanchas le proferían...

-Ahora, Capitán! Ahora es el momento, ahora...

Entonces saltó, como impulsado por un resorte invisible. Cayó blando en la zodiac que le aguardaba, pues él era el último... Saltó justo a

tiempo para que a los pocos segundos de haberse alejado lograran evitar el torbellino de agua que engullía finalmente a la nave hacia las profundidades. Los de la patrulla le observaron, callado e impasible, podían comprender presumiblemente su estado de ánimo. Aquello tampoco era cobardía, no. Solo quienes nacieron a bordo de un pesquero en una pequeña población de puerto de mar – también se lo oyó decir siempre a su padre-, solo ellos podían permitirse tener miedo...

## EL CUADRO

A lo largo de mi azarosa existencia he podido conocer los más variados paisajes y, lejos de sentirme utilizado, ahora reconozco la riqueza y privilegio que ha supuesto distinguir el semblante de quien tenía enfrente. Añoro los primeros tiempos, aquellas tardes de buhardilla entre tanto lienzo amontonado, los primeros colores, manchas tímidas de aventurero trazo. Eran los comienzos, uno podía ya permanecer eternamente condenado a quedarse reducido a un boceto o, por el contrario, convertirse en un suceder de bocetos ininterrumpido. Tuve suerte de las manos en que caí y hasta donde he llegado. Esta vez el viaje ha sido muy largo, pero algo me dice que posiblemente aquí perdure con carácter indefinido, a juzgar por el modo que tienen de observarme. Digo que mi vida es un privilegio porque nunca acabo de aprender

lo extensa que llega a ser la gama de las emociones humanas. El rostro más afable puede transformarse en gesto soez, despreciable. Y, sin embargo, quien parecía distraído de pronto se desata en exacerbados elogios... El cobalto profundo del oleaje, la polícroma textura de las rocas, parcheadas, sobre el cielo diáfano, difuminado de grises limpios...

Otros callan, solo miran. Estos son con quienes puedo hablar, son los interlocutores. Aún recuerdo la viva impresión que dejó en mí grabada mi primer interlocutor; siempre se le recuerda después que ha desaparecido.

Pero hoy ha sido una jornada distinta, insólita para mí. Se ha formado un gran revuelo en la sala principal y luego, en los pasillos, la gente ha circulado con prisas y desconcierto. Los guardas de seguridad han llegado dispuestos a alejar de las obras al pájaro que, quizás equivocado, vino a parar al museo. Al final consiguieron sacarlo de la estancia y todo ha

vuelto a la rutinaria calma familiar. Quizás demasiado rutinaria ahora que otra mirada se posó en mí... El ave me miró, cierto, me contempló con sus ojos de pájaro, verdaderos. Pude notar sus alas golpeando la tela del lienzo, de suave roce, como el mejor de los pinceles. El ave buscaba salir, una ventana, una escapatoria y su batir de alas, intenso, me estremeció, me habló del mar y del cielo, del bosque en la montaña, de pájaros que vuelan...

## EL CAZADOR DE CUENTOS

Acostumbraba a guardar todas sus notas por inverosímiles que pudieran parecer. En el envoltorio de papel del bocadillo de tortilla que había cenado la noche pasada escribió las últimas líneas. Apenas dio una cabezada de sueño en toda la noche, dentro de su coche, apostado frente al número once de aquel hostel urbano. Hasta que al fin salió primero él, parándose a la entrada del café contiguo, con las manos en los bolsillos de la americana. Al poco, una muchacha de tez morena y cazadora de cuero se unió a él, enlazándole por el cuello, como si se colgara, parecía besarle la nariz... Era el momento!, disparó media docena de fotos desde la ventanilla, silencioso, a pocos metros de la escena. Misión cumplida! Había merecido la pena el viaje y la incómoda espera, su cliente podría estar satisfecho en cuanto al trabajo.

Porque en lo que respecta a su esposa no iba a hacerle ninguna gracia y, sobre todo, a él tampoco ya que sería difícil explicar a qué se dedica el tiempo a media mañana en la habitación de un hostel con una atractiva muchacha y en un día laborable.

Habían contratado sus servicios para vigilar a un jefe regional de una afamada firma multinacional. Tenía que ganarse la vida como detective, aunque su oculta vocación era escribir. Lo había intentado sin éxito, es decir, algunos certámenes literarios, de poesía incluso, pero no daba con el paso a un escalafón más reconocido dentro del gremio de sus anhelos.

Arrancó el vehículo al mismo tiempo que sonaba su teléfono móvil. Era la agente de la editorial con la que contactó la semana anterior. Desde la ventanilla del coche pudo reconocer a través del cristal del Café al jefe comercial y a la exuberante muchacha dispuestos a desayunar. La pareja de tórtolos pareció mirar al paso del

vehículo, aunque distraídos en devaneos. La chica de la editorial le dio la alegría del día al confirmarle que habían leído los escritos que envió y que serían publicados bajo el título de “El Cazador de Cuentos”. Era preciso pasase por el despacho para ultimar el contrato. Se sentía feliz, aunque el triunfo para él ya lo era el mero hecho de escribir en sí. Si bien aquel logro no le retiraría del actual trabajo, al menos se lo hacía más soportable.

Por unos instantes extasiado, volvió de nuevo a la realidad, a pensar en aquel caso de su cliente. Sí, lo más curioso es que le había contratado una empresa de fontanería por causa de una deuda pendiente. Quizás significaba algo que el dueño de la fontanería fue un antiguo empleado del jefe de la multinacional, pero en cualquier caso las cuentas pendientes se terminan zanjando... Y con la prueba de aquellas fotos en la mano el caso estaba cerrado.

Durante todo el trayecto de regreso se regocijó. Y repitió el

nombre, soñando en cada letra, en el solemne tono que las imprimía... El Cazador de Cuentos, suspiró!

## EL PREMIO

Aparentemente resultaba fácil, solo había que mentir. Y en verdad que fue relativamente sencillo poner fin y prescindir de las relaciones de aquellas personas que ocupaban puestos de trabajo ahora incómodos para la Compañía, a raíz de la fusión reciente, sin importar ni entrar a considerar lo complicado de las vidas de quienes hasta el día anterior habían sacrificado la suya para salir adelante. El provenía ya de otras guerras similares y, en ese sentido, su experiencia se había enriquecido con el ácido sabor de la inmisericorde ambición y el demolidor poder de las opresoras armas que permitían ejecutar el daño. Sí, no es difícil acorralarle tras casi tres horas de reunión y, una vez arrinconado por el acoso incesante, el propio subordinado es quien implora piadosa clemencia; o bien desata su primitivo instinto agresivo, al salir en pos de la natural defensa

de su ser, y arremete en bruscos gestos de violencia incontrolada que pueden utilizarse en su contra. Tal era la estrategia diseñada y ya había tenido ocasión de comprobar que aquella trampa nunca fallaba.

La nueva Compañía se encontró de repente con un excesivo volumen de empleados y, si bien el número de productos y cifras igualmente dobló su economía, tal ingente cantidad de personal avalado por años constantes de trabajo resultaban caros para los propósitos de crecimiento previstos por la nueva Directiva, más partidaria de ahorrar en indemnizaciones aún a fuerza de manipular con provocaciones y amenazas para alcanzar el objetivo perseguido. Tal era su misión en la nueva empresa y en ello iba su trabajo, así que había estudiado despiadadamente el modo y el momento preciso para que su ataque sobre el empleado causase el impacto deseado.

Tampoco resultó difícil después añadir al informe de la reunión que el empleado empuñó el

bolígrafo, beligerante, hacia el rostro del Gerente, al tiempo que le propinaba una desaforada colección de insultos. No hubo otro remedio ni reacción más apropiada que obligarlo a abandonar la sala. Luego, a este hecho añadió la falta grave de no asistencia a aquella otra reunión de trabajo de la que ni siquiera hablaron. Fueron suficientes motivos para abrir un expediente disciplinario y, de este modo, hacer efectiva la sanción que interesaba a la empresa. Se había planificado desde altas esferas y no podía fallar. El empleado, despojado de sus armas más razonables, insatisfecho y desesperanzado, terminaba por sucumbir a la tensión acumulada. Y él era el ejecutor ideal, cumplir su tarea sin escrúpulos le abriría un hueco en la jungla o, tal vez, encumbrarle.

-Uno menos! – se dijo y suspiró hondo, nervioso, pues tanta dedicación al desprecio no mantenía por mucho tiempo el alivio esperado. Gracias a estas medidas de limpieza las redes comerciales se reciclaban

actualizándose, aunque nada garantizaba el límite a semejante desenfreno y, era sabido, que sin subalternos sobre quien ordenar ni siquiera su propio puesto tenía sentido.

Siempre es duro comenzar de nuevo y más aún finalizar la obra sin pretenderlo, sin buscarlo ni haberlo siquiera imaginado. Sin embargo, para él una vida nueva había comenzado. Obligado por los inesperados acontecimientos aún no había podido asimilar el amargo trago de su despido, injusto, brusco y premeditado. Arrastró sus pasos pesados en la noche lenta, solo iluminada por las farolas que jalonaban el regreso a casa. Se desvistió, autómatamente, en un intento vano por despojarse de todo atisbo que recordase la azarosa situación recién atravesada. Lanzó el bolígrafo, el maldito bolígrafo sobre la mesa y, desnudo, se sentó con la cabeza entre los brazos queriendo reflexionar, hartado y sin conseguirlo. Su mujer y el pequeño hijo seguían siendo el todo, pero ahora también

representaban lo único por lo que seguir y a lo que aferrarse. Ella lo observó callada y lo dejó a solas, apartando al niño para que no ahuyentase al tiempo necesario, el instante de dar la bienvenida al nuevo camino hallado.

Con el rostro sumido entre las manos puso fin a aquella oscuridad y, recogiendo el bolígrafo, comenzó a escribir. Escribió toda la noche entera, sin pausa. Y al día siguiente también y al otro. De noche y de día continuó escribiendo; durante tardes interminables repasó con frenético ahínco, casi apasionado, lo escrito. Volvió sobre sus pasos para rectificar y consolidar arreglos nuevos, la palabra justa, la frase adecuada... Lo tituló "Caminos del Aire" y, al acabar, descansó en el extremo de la mesa del comedor durante meses, condenado al polvo del olvido en la esquina del abandono. Fue ella quien lo rescató para mitigar la pena, fiel a su feliz idea.

Por eso, cuando se dio a conocer el ganador del Gran Certamen

Literario su nombre brilló con luz propia. A partir de entonces, los "Caminos del Aire" marcó un hito de referencia en la narrativa de actualidad y, aunque no era de los premios más remunerados, su categoría profesional lo consagraba entre los grandes. Al concluir la rueda de prensa esquivó los flases y autógrafos, abandonando el hotel por la puerta del personal. Junto al taxi que aguardaba, una pequeña gitana mendigaba...

-Toma, muchacha! –dijo y le regaló el bolígrafo, tendiendo la mano.

El taxi arrancó suave, perdiéndose entre las hileras de farolas que abrían el camino a su paso.

## UN PUENTE CRUZA SEARLES

Se tragó todo el miedo de golpe con aquel súbito encontronazo. Llevaba horas caminando desde que salió del aeropuerto y, ahora, la niebla ya ocultaba la carretera por lo que, pegado a la cuneta, no pudo evitar tropezarse de sopetón con aquel mendigo harapiento que, con su brazo extendido, parecía capaz de exigirle limosna al diablo mismo. El hombre reaccionó templado y, disimulando el susto, rebuscó en el petate hasta dar con la manta de viaje que tanto le costó introducir sin estropear la cremallera. Era una buena ocasión para deshacerse de ella...

-Tome, oiga, no puede andar así por la calle a estas horas...

El viejo barbudo recogió la manta con expresión desorbitada y el hombre prosiguió carretera adelante. Mantuvo la respiración una decena de metros hasta sentirse por fin aliviado. Se podían vislumbrar las farolas del

viejo puente que entra en Searles y, acelerando el paso, descendió por la estrecha carretera que conduce a la población.

El vuelo que lo trajo a la capital lo hizo con un retraso exagerado, algo ya casi habitual. Hasta allí no había autobús de noche, pero era necesario llegar pues a primera hora de cada mañana salía la línea que iba a Dursot, la casa de sus padres y destino final. Hacía más de cinco meses que no tenía trabajo. Tras más de once años seguidos sin el más leve problema en su empresa, fue despedido al igual que otros tantos que, de repente, se convirtieron en un peso excesivamente caro, según el criterio esgrimido por la nueva directiva. Lo que más lamentó de aquella situación fue acceder de nuevo al primer plano de la desgastada atención de sus padres para quienes, ya mayores, cualquier tipo de preocupación era lo menos conveniente.

Al principio se dio tiempo, un margen prudencial para asimilar el golpe y quizás, con algo de suerte, volver a incorporarse en

otro trabajo, pero necesitaba un cambio de aires, un remanso entre tanta tensión acumulada. Sus padres ignoraban que llegaba, aunque sabían lo de su empresa. Ahora vivían en Dursot, pero años antes residieron en Searles y él aún retenía en la memoria de su infancia los senderos entre bosques, casi con la misma nitidez.

Cruzó el puente iluminado tan solo por los halos tenues que la niebla dejaba traspasar. Abajo, escuchó el río que nutría la laguna, se podía adivinar su lento cabalgar. Estaba cansado. Los doce kilómetros que separaban el aeropuerto del pueblo le ayudarían a descansar mejor, solo pensaba en la pensión de la señora Cortéz, ahora regentada por sus sobrinos y mañana, por fin, de vuelta a casa.

La mañana se despertó en medio de una lluvia plomiza, sin amanecer, aunque tibia. El autobús que le llevaba a casa se detuvo a la entrada del puente que cruza Searles. Los vehículos atravesados de la policía

impedían el paso al tráfico y, con sus luces parpadeantes, levantaban la curiosidad entre los habitantes de la tranquila villa. Un agente subió al autobús y avanzó por el pasillo en actitud vigilante, observando cada detalle de los pasajeros. Luego, respondió a la inquietud de una nerviosa anciana... Habían encontrado el cuerpo ahorcado de la baranda del puente, colgado sobre el río. Perteneecía a un jefe de la antigua fábrica. La anciana, a su lado, le golpeó con el codo y farfulló:

-Se llevan la fábrica, acabarán con el pueblo, con la gente...

Sí, es duro comenzar de nuevo, pensó él, sin entrar a la conversación.

Una ambulancia hizo sonar la sirena al abrir la comitiva y, detrás, le siguió el automóvil que transportaba el cadáver. Los policías ordenaron la circulación y el puente volvió a cobrar vida mientras los pasajeros regresaban a sus asientos.

-Ya nos movemos! Por fin se pone en marcha...- La anciana farfulló de nuevo en voz alta.

-...Sí, la vida sigue.

## **...LAS GASTA MÁS DURAS**

Le odiaba tanto que hasta me asusté de mí mismo. El propósito inicial que me llevó a la granja escuela “*Los Corzos*” había dado giro un giro tan insospechado como indeseable. Para algunos que hemos nacido en el medio rural el campo es nuestra única salida. Las grandes urbes quedan lejos a veces e, incluso, representan un entorno hostil e incierto, por lo que trabajar el campo significa algo más que ganarse el sustento; me había propuesto hacerlo bien, convertirme en un profesional. Cuando finalicé el segundo nivel de las enseñanzas agropecuarias surgió la posibilidad de continuar mi curso de especialización en la Hacienda “*Los Corzos*”; me atrajo

especialmente la idea de que no me alejaba demasiado de la comarca y que, por primera vez, tendría contacto con los viñedos, mundo que me apasionaba.

Sin embargo, enseguida pude percibir que el aire que se respiraba en “*Los Corzos*” se salía de lo habitual. Su capataz, al que llamaban Bravo Jo, era un hombre corpulento y de gran envergadura, entrado ya en redondeces más por el descuido que por los años. Su voz ronca y cascada gritaba en vez de hablar y, de su sarcástico tono, lo que más desagradaba eran sus estentóreas carcajadas que siempre comenzaban de un minúsculo hilo de risa sostenido entredientes.

-...Si algo queda por recoger mi amigo el espantapájaros me lo contará.- Fueron sus primeras palabras, mientras señalaba hacia el otro lado de la huerta.

Llevaba ya más de una semana entregado de pleno a la insigne tarea que me había encomendado. En la huerta que se extiende frente a la cuadra,

había un gran magnolio cuyas anchas hojas caían sin descanso y que había de rastrillar en un montón. Cada mañana el montón de hojas aparecía revuelto y nuevamente disperso, con lo que debía volver a reunir las hojas recogidas y las nuevas. La desolación de ver mis sueños tan alejados del principal interés, hacía crecer en mí un sinsentido imposible de disimular en la expresión de desgana de mi rostro. Los demás lo contemplaban mayormente en silencio, con la experiencia callada de quienes antes padecieron ya la bravuconada. El mal sabor de boca que a alguno le quedó le impidió después volver a sentirse solidarios. Otros marcharon o casi huyeron. El compañero de mesa me contó que el pasado año uno de los muchachos apareció ahorcado en el desván; fue una etapa tensa y reciente en que muchos vieron peligrar su futuro, pero sin poder poner otro remedio sino esperar el fin del curso y así trasladarse a otro

centro de personal más cualificado.

Al fin y al cabo, yo había tenido suerte, según mi compañero, pues mi castigo, aunque continuado era leve. Con él, sin embargo, según contó, no anduvo tan repartido sino que se ensañó todo de un golpe. Me enseñó la cicatriz que le quedó de aquella novatada, cuando al intentar sostener la sogá que aguantaba la carga, previamente desatada, el peso de la violenta caída le deshizo el pulgar derecho. No perdió el dedo, pero se le dejó inservible, me explicaba mostrándome su inutilidad...

-La vida las gasta más duras.- le susurré, tratando de consolar.

-...No, el diablo.- apuntó mi amigo.

Aquella tarde rastrillé cada hoja muerta que caía a la huerta. Al lado, un vasto maizal se extendía ahora vacío, custodiado tan solo por un abandonado espantapájaros que con su rígida mueca no conseguía ahuyentar las bandadas de cuervos y urracas que repicaban entre las

brizas. Con el atardecer casi no distinguía ya las hojas en la yerba, pero rastrillé mecánicamente y, azuzado por el desconsuelo, lloré. Sí, lloré amargamente, de rabia, molesto al recordar las palabras de Bravo Jo:

-A lo mejor al espantapájaros no le caes bien...

Sus risotadas seguían oyéndose aún después haberse marchado y el eco macabro de su fechoría me hería más que la broma en sí.

A la mañana siguiente, cuando me disponía a reanudar las tareas en el establo, el revuelo de la granja me inquietó y, rápido, me acerqué al grupo de muchachos que enseguida abrieron cerco al grotesco espectáculo con el que se encontraron... En el rellano del abrevadero, el cuerpo de Bravo Jo yacía tendido, inerte, atravesado por una gruesa vara que asomaba más de dos cuartas por su boca. Muerto y empalado, le tapaba la frente el desaliñado sombrero del espantapájaros; en una mano, apretada, la nariz de zanahoria y en la otra, también contraída, aguantaba el rastrillo. El silencio

que reinaba nos obligaba a mirarnos unos a otros, pero ningún atisbo de pesar a floró ante aquel horror. Al dispersarnos a nuestras labores lo hicimos percibiendo los otros sonidos de la mañana, casi podía tocarse el aroma de la yerba fresca, antes desapercibida. En la huerta, no me sorprendió encontrar el montón de hojas intacto. Sin embargo, el espantapájaros había desaparecido... Era curioso, hasta los pájaros parecían respetar el campo en su ausencia...

## UN POCO DE MALA

### SUERTE

No era que amase su profesión, no. Si a aquello se le podía llamar su trabajo era debido a un continuado sacrificio ejercido con la plena conciencia de quien persigue el objetivo marcado a toda costa. Ciertamente también padeció sinsabores, sí. Pero siempre tuvo bien presente la máxima que acertadamente aseveraba cómo el trabajo no es el medio idóneo para hacer dinero. Por eso, ir directamente al grano le supuso algunos desaires y demasiados infortunios y, además, tampoco le había servido para aumentar la economía de sus arcas. Sin embargo, le había cogido gusto al gusanillo de cortar cabezas. Algo tenía aquel puesto por el que tanto peleó que ahora, por fin arriba, le embriagaba el mero hecho de poder disponer de las vidas profesionales de tantos empleados a su servicio. Fiel a la directriz de la actual empresa, se

hallaba como pez en el agua en su tarea de eliminar personal y, hasta la fecha, su metódico y planificado ritual de acoso y derribo moral solo le había acarreado éxitos. Cada día repasaba mentalmente la lección, casi hasta convertirla en un rezo:

-...Fría, muy fría, fríamente...-, se repetía. Así había logrado al fin abrirse un sitio dentro de la élite que manejaba los hilos de la Compañía.

Esa tarde se encaminaba hacia el hotel donde tendría lugar la reunión de costumbre, otra de tantas. Nada fuera de lo habitual, matar las primeras horas y cansar al adversario hasta dar con el pretexto apropiado para desencadenar el posterior ataque de expedientes disciplinarios con los que amedrentar al empleado contra las cuerdas. Luego, tal vez con algo de suerte, si el trabajador renunciaba y evitaba entrar en terrenos judiciales podría resultar bastante barato su despido. De ahí la importancia de cuidar todos los detalles de su delicada misión.

Estaba llegando a las inmediaciones del hotel cuando aquella gitanilla le salió al paso con su incómoda insistencia por extraerle la propina. El hombre denegó, primero, recoger el periódico de tirada callejera que le ofrecía; luego, la limosna. Pero la muchacha no cejaba en intentarlo hasta que, al fin, logró que aquel individuo trajeado le adquiriese al menos el bolígrafo a cambio de unas monedas.

Una vez en el hotel, el gerente dispuso el escenario ya familiar para él. En tantas ocasiones había repetido el ceremonial que cada paso encaminaba al siguiente como fases perfectamente encadenadas. Hoy, sin embargo, quería acabar pronto. Le molestaba particularmente tener que marear a la víctima en los obligados rodeos iniciales. Disfrutaba más después, cuando el desconcierto asoma en la expresión incrédula del empleado y, abatido, tiene que abandonar la reunión adivinando ya las fatales consecuencias de una jugada irreversible... Sí, se regocijaba especialmente en ese instante

premeditado y la experiencia le demostraba que todos caían en la trampa al mismo tiempo que se daban cuenta de ella.

...Sin embargo, algo no iba bien. Aquel trabajador llevaba veinte años en la empresa y el efecto buscado con sus tretas estaba cosechando precisamente lo que pretendía. Cuando el empleado se abalanzó, fuera de sus casillas, empuñando el bolígrafo contra el rostro de su acosador, el gerente ya conocía esa sensación sobre la que tanto había teorizado sobre el papel. La conocía y la había presentido de tanto utilizarla como un juego. Nunca imaginó lo que significaba haber encontrado la horma de su zapato.

Aquella tarde, el gerente abandonó la reunión del hotel dentro de una ambulancia. Quizás no perdiese del todo el ojo izquierdo, aunque el pómulo había que reconstruirlo y el tabique nasal quedaría desfigurado... En el transcurso de los meses que duró su larga convalecencia tuvo tiempo para reflexionar y recapacitar sobre lo acontecido. Revisó los

métodos, evaluó cada una de sus estrategias... Algo falló, sí, había sido eso, solo un poco de mala suerte...

## LA OCTAVA PLANTA

Sin dejar de apuntarme a la cara con su dedo, la voz de mi amigo se tornó casi confidente, pero firme...

-...Y no preguntes, ¿oyes? Tu misión aquí consiste en bajar y subir con los clientes, nada más... Obedece al mayordomo jefe en todo, no olvides llevarte el uniforme el viernes y volver a traerlo el lunes, ¿oíste?...

- De acuerdo...- musité, mientras mi compañero desaparecía tras

la puerta giratoria del hotel sin volverse hacia atrás.

En verdad que debía estarle agradecido pues con su favor me brindaba la oportunidad de sustituirle en su período de vacaciones, como en anteriores ocasiones, y así enriquecer mi maltrecha economía necesitada de una estabilidad más perdurable. En los otros hoteles tuve ocasión de familiarizarme con su puesto de recepción, pero esta vez lo novedoso de la tarea consistía en acompañar a los clientes en sus idas y venidas en el ascensor. En apariencia, una tarea fácil y cómoda, aunque no exenta de una monótona fatiga como enseguida tuve ocasión de comprobar.

Mi antiguo amigo me había asegurado que desde su cambio al nuevo hotel había mejorado de categoría y, en principio, lo achaqué a las cinco estrellas que destacaban en el rótulo. Una vez dentro, comprendí que aquellos anchos espacios marcaban la diferencia con los hoteles precedentes y, sobre todo, el mero hecho de que el

ascensorista hubiera de trabajar uniformado.

Desde la terraza de la décima planta podía contemplarse una panorámica sobre la bahía de la ciudad; las oficinas y dependencias administrativas ocupaban la novena planta. De la tercera, descendieron las hermanas Kossack, un par de gemelas nonagenarias que podían permitirse el lujo de residir permanentemente en el hotel. El restaurante se encontraba en la primera planta, y en la segunda los salones para convenciones o reuniones. En el cuarto piso estaba la sala destinada a los enseres de la limpieza y allí también se había habilitado un hueco para el vestuario del personal. Se podía intuir que uno había llegado a la planta quinta por el pestilente aroma que dejaba en el ambiente el hilo de humo de los puros del señor Bruhnin, siempre trajeado y de elegantes maneras. Y de la sexta, sobre todo, temía el escandaloso tropel de muchachos excursionistas que en desordenada algarabía

vociferaban y competían con sus alaridos y risas estridentes. El trajín en el hotel resultaba incesante y se renovaba a diario con nuevos clientes. Me fijé en especial en la bella chica que recogía en la séptima planta y que destacaba por su porte distinguido, un ceñido vestido la entubaba de lentejuelas hasta los pies, pero dejaba al descubierto unos hombros contorneados, casi perfectos... Seguí con los ojos cerrados el sugerente rastro que desprendía su perfume, pero desperté brusco a la realidad, fustigado por lo insólito de un detalle recién descubierto. Acababa de percatarme que nadie bajaba ni subía de la octava planta... Sí, en los pocos días que llevaba allí no conocía a nadie que se alojara en ella. A la hora del almuerzo, libre de pasajeros, decidí investigar el misterioso hecho. Mi zozobra se tiñó de inquietud, el ascensor pasaba de largo de la séptima a la novena o viceversa, sin obedecer el mando. Lo comenté a las chicas de la limpieza y entre los botones que, con esquivas

extrañeza, no atinaron a darme explicación alguna.

Aquel viernes el mayordomo jefe me acompañó durante toda la tarde en el trayecto del ascensor. Casi al acabar la jornada me aseguró que no hacía falta mi presencia en el hotel durante la semana siguiente y que, debido a mi carácter amenazante, podía darme por despedido. Iba a rechistar, pero recordé las palabras de mi amigo y, por respeto, callé. Recuerdo igualmente su teatral transfiguración cuando quise contarle lo sucedido a su regreso. -Estás loco si crees que con amenazas o insultos vas a provocarme. Ya me lo contó el mayordomo jefe. Me equivoqué, no quiero nada contigo...

Después de tanto tiempo un nudo de perplejidad aún acompaña mi desolada decepción. Resultan curiosos los avatares que esconde el destino. Por fin encontré mi camino, hoy trabajo y viajo por las comarcas de la zona norte. Eso sí, nunca me alojé en un hotel de más de cuatro plantas...

## EN CIERTO SENTIDO

Me dí cuenta desde edad temprana, pero el primer recuerdo data con apenas cumplidos siete años. Había olvidado el regalo de cumpleaños en la habitación de mis padres y, a medianoche, me entró la imperiosa necesidad de tenerlo entre mis dedos. Aquel soldado articulable era una especie de mascota y, desde mi cama, fui el primer sorprendido al comprobarme observando el dormitorio contiguo con toda clase de detalles. Ellos dormían a pierna suelta mientras, asombrado, recorría cada rincón de la estancia, escudriñando todos los pormenores hasta dar por fin con el juguete, posado sobre la silla.

Años más tarde, en el Instituto tuve una experiencia singular con la profesora de idiomas, una mujer de porte elegante que compaginaba perfectamente con aquel obsesionado interés suyo por la correcta dicción. No

dejaré de reconocer que su atractivo repercutía en los maleables moldes de un muchacho en pleno proceso de desarrollo, vamos, que me gustaba. Quizás influido por ello, por sus maneras o por el perfume y la exquisitez de ropas con que se ataviaba, en una ocasión, pude contemplarla también durmiendo junto a su pareja, un señor gordinflón de acicalada barba. Su dormitorio, de aspecto pulcro, respiraba un aroma de esencias. Acabé el curso con la mejor puntuación en su asignatura y, además, con la felicitación de la propia profesora, sí, una perfecta señora. Para entonces era ya consciente de que podía entrar en otros sitios aunque sin saber muy bien lo que hacer una vez allí; me fascinaba poder contemplar el lugar, los objetos, los gestos imperceptibles del rostro o los movimientos del cuerpo. Había aprendido a moverme, superado el desconcierto inicial. Podía ver mis manos y escuchar, pero resultaba imposible tocar nada,

siempre que lo había intentado había terminado por despertarme de forma brusca y sudoroso, así que opté por el disfrute inocuo de la situación. Posteriormente, me fue de gran utilidad para el trabajo la información proporcionada por tan particular habilidad... Recuerdo a aquella directora general que no hacía sino extorsionar los esfuerzos de sus empleados con la velada amenaza de que un hogar que se precie semejaba los mismos sacrificios que la empresa. Sin embargo, mis sospechas iban cobrando forma pues nunca logré introducirme dentro de su alcoba. Aquella mujer nunca durmió acompañada y, tras su caparazón, debía de sentirse de verdad sola.

Con el paso de los años he ido adaptándome a los misteriosos caprichos a los que me somete esta extraña percepción, pues nunca soy yo quien decide el momento o con quién experimentarla. Desde mi cama, como si estuviera dormido, puedo presentarme en otros

lugares a millas de allí y observar aspectos inverosímiles de gente casi siempre cercana a mí por algún motivo desconocido, aunque revelador.

El nuevo Gerente se incorporó hace un mes en unos cruciales momentos para la Compañía y para mí, necesitado de esa normalidad capaz de alejar cualquier nubarrón de incertidumbre, sobre todo ahora que recién firmé la hipoteca de la nueva casa. Quiero dar a Lena y a nuestro hijo, Tomy, unas comodidades mejores y bien merecidas. Con esa intención, la noche anterior estuvo de invitado en la casa estrenada y de la que me siento tan orgulloso. El nuevo Jefe se despidió a medianoche, había tarea acumulada que adelantar al día siguiente. Pero de madrugada, sin proponérmelo, me introduje en su dormitorio... Jadeaba entrecortado, a pesar de ser joven. Observé el rostro de la mujer de melena rubia que descansaba a su lado, algo mayor que él; las ropas descansaban esparcidas por el suelo sin orden

ni concierto... Volví a acercarme a la mujer y, horrorizado, comprobé que se había convertido ahora en una morena, más joven que la anterior. El Gerente resoplaba en camiseta de tirantes, el pijama arrugado a los pies de la cama cayó al suelo cuando dio media vuelta... Desperté inquieto, al intentar jalar de la manta, cuando descubrí que la mujer acostada era ahora otra distinta, de pelo castaño corto, que resoplaba casi más que él... Quise advertirle, pero algo no me dejó.

A la mañana, en el desayuno, Lena opinó sobre las incidencias pasadas...

-Se notaba que lo hacía por cumplir, aunque espero quedase contento!

Sin embargo, fueron las palabras de Tomy las que acertaron a despejar las dudas en cuanto abrió la boca:

-...¿Pero cuántas mujeres tiene ese hombre?...

Su pregunta me dejó perplejo, mientras la madre ignoró la aparente incongruencia. Tomy es un buen muchacho, deportista,

está creciendo fuerte; quizás deba de estar más cerca de él ahora que su formación es tan decisiva. Algo me dice que, digno de su padre, aunque nunca antes lo hayamos comentado, en cierto sentido, nos entendemos.

## SILENCIO EN LA JUNGLA

Se agazapó sobre la roca, adaptando la palma de los pies a las aristas rugosas. Con la cabeza hundida entre las rodillas acechó la superficie cristalina de la orilla. Cuando la sombra del pez zigzagueó entre las rocas un movimiento certero de su brazo acertó a atravesarlo. En la vara puntiaguda la pieza cobrada daba coletazos desesperados mientras el

salvaje recogía de la arena otra vara con cuatro pescados más ya inertes y se alejaba de la playa en busca de la zona arbolada en la que proveerse de algunas frutas.

Aún el sol no había alcanzado su punto más elevado cuando sonó de nuevo la sirena... Al igual que en anteriores ocasiones el salvaje ya sabía lo que aquello significaba. Paralizado, escuchó atento la estridente señal para, rápido y nervioso, dirigir sus pasos montaña arriba. Desde lo alto, observó la legada del barco y al ruidoso grupo de turistas que alborotaban la pequeña cala con sus ropajes de llamativos colores. En su mirada neblinosa se apagó el brillo que antes le había mantenido ocupado y, a rastras, se adentró en la jungla en manifiesta actitud huidiza.

Una vez en la gruta apenas dio cuenta de la pesca que obtuvo durante la jornada, preocupado por la reciente visita a la isla; le inquietaban los viajeros, aquellos extraños que cada vez con más frecuencia invadían el silencio que imperaba en la jungla. En

los últimos tiempos había aprendido a valorar el significado de aquel preciado silencio. La jungla proporcionaba todo lo que podía necesitar, alimento, techo y cobijo. El no podría soportar aquellas telas que aprisionaban los cuerpos ni tampoco le hacía falta cargar con tan raros equipajes, aunque no siempre fue así...

Aquella noche durmió acosado por incesantes pesadillas que ahuyentaron la placidez del descanso. Soñó cuando, más joven, los trajes elegantes apretaban su cutis afeitado de ejecutivo prometedor. Entonces la carrera hacia la cima se adivinaba libre de obstáculos si bien no de competidores, pero la rotundidad de sus triunfos bastaba para merecer la tan disputada plaza de la Jefatura comercial. De hecho, aquel viaje en hidroavión a las islas no representaba sino un avance del premio principal al que fueron invitados los mejores profesionales seleccionados. Sus expectativas eran inmejorables y

excelentes sus resultados. Las únicas nubes que enturbiaron el horizonte de aquella decisiva reunión fueron las que cubrieron el atolón durante la mañana previa al viaje de partida. Luego, a la tarde, se desencadenó una tormenta atroz que envolvió al indefenso aparato al poco de iniciar el despegue. A merced de los embravecidos elementos, el hidroavión volteó sin control hasta romperse como un juguete entre las olas que asediaban sin piedad aquel apartado conjunto de islotes que, hasta entonces solo fueron un reclamo paradisíaco.

La tragedia superó con creces el alcance de las posibilidades con las que contaban los dispersos habitantes de aquellos tranquilos lugares. Cuando menguó el temporal y pudieron acercarse a los restos del accidente tan solo hallaron enseres inservibles hechos añicos y cadáveres diseminados por el océano. Muchas esperanzas de futuro acabaron allí sus días, incluso algún cadáver no apareció, pero no por ello las

grandes empresas dejaron de crecer.

También entre sueños, nadó cegado por el oleaje hasta alcanzar la costa y, extenuado, se desplomó junto a la cueva que luego iba a servirle de morada. Era un cualificado profesional y, por tanto, estaba preparado para el éxito, recorrió la geografía costera de su nueva prisión, aprendió a cazar y a pescar y comenzó a descubrir el crudo sabor de sentirse vivo. Era un superviviente.

Al día siguiente, casi con talante obsesivo, volvió a vigilar los movimientos de aquel grupo de estrambóticos turistas, contemplaba sus risas, su lenguaje, sus bailes y fiestas en la orilla de la playa. Siempre ocurría así, las excursiones duraban un fin de semana, dos días completos en los que ni cazaba ni comía, concentrado únicamente en espiar las idas y venidas de aquellos molestos visitantes, en aguardar el ansiado momento de su regreso. Aquella segunda noche tampoco fue capaz de dormir en paz, soñó con

gráficas y curvas de crecimiento coloreadas según los potenciales, de acuerdo al índice de mercado, local o de área, soñó con parámetros y estadísticas comparativas que reptaban frías sobre su desnuda espalda y, cuando irrumpió el alba en la gruta, él ya estaba montaña arriba oteando las maniobras de la embarcación. Con el sonido de la sirena anunciando el fin del viaje y la hora de la partida, su mirada recobró el destello brillante que lo convertía en un fuera de serie... Entonces podía cazar y dormir, ahora podía escuchar los susurros de la jungla que con tanto mimo le albergaba y, por fin, disfrutar del verdadero silencio del triunfo...

## LOS ACANTILADOS

No había letrero alguno; quizás por eso siguió la inercia de aquel cruce. Llevaba horas al volante y nada le habría desanimado más que haber leído la señal de alguna población cercana. Solo conducir, tragar kilómetros hacia un lugar sin nombre...

Nunca bendijo tanto el hallazgo fortuito de aquella villa como el efecto beneficioso que a partir de ese momento le acompañó. El carácter atormentado que le perseguía en los últimos años a causa de la enfermedad de Marie y, también, por la jubilación anticipada que le forzó a enfrentarse sin esperanzas a una batalla perdida, le habían transformado en un ser hosco y solitario. No le bastaban las respuestas de su médico, el Dr. Vincent, instándole con fingida profesionalidad a probar terapias psicológicas que le ayudarían a fortalecer su acrecentado pesimismo, ni tampoco iba a poner el resto de fe que le sobraba en aquellos

rutinarios fármacos. Siempre fue hombre dinámico, de mente ágil que se tornaba vivaz cuando estaba ocupado, su estado ideal. Ahora, sin trabajo, intentaba suplir el espacio de sus actividades dedicando un tiempo a organizar sus colecciones de modelista, incluso llegó a terminar de una vez aquella fragata antigua que le regalaron sus compañeros en el homenaje de despedida.

Sin embargo, ni las maquetas de sus balandros ni los medicamentos ni los consejos del doctor Vincent poseían la consistencia suficiente para detener la tortuosa avalancha de ansiedad que supuso la muerte de Marie. Sin obligaciones era un hombre desarmado, pero sin lazos afectivos sus sentimientos caían desbocados en una vorágine de soledades sin fin. Por eso cogió el vehículo, su mundo de toda la vida se quedaba pequeño y su espíritu, hambriento de avidez, le empujaba a explorar horizontes distintos a la búsqueda de una novedad que tal vez le hiciera

resucitar de aquella situación que le aprisionaba.

Aquella tarde abandonó la autovía que le devolvía a casa y regresaba sin prisa por la comarcal. En muchas otras ocasiones pasó frente aquel cruce, dejándolo a un lado, pero esta vez decidió tomarlo con un giro repentino, casi al tiempo que se dejaban caer las primeras gotas de lluvia. Al poco, la carretera se estrechó hasta borrar la línea divisoria que marcaba la doble dirección y el firme dejó notar la superficie parcheada de sus baches. El aparente rodeo comenzó a extenderse más allá de su pretensión original, pero para entonces la lluvia era ya copiosa y el movimiento rápido del parabrisas le dificultaba conducir con seguridad. Una fuerte tormenta eléctrica se desató en apenas unos instantes y su resplandor intermitente se reflejaba fantasmagóricamente entre los árboles cercanos. Su preocupación crecía a la vez que el temporal y la noche cerrada iban en aumento, hasta que con

un rescoldo de alivio divisó las luces de la pequeña villa. Circuló lento por lo que semejaba una calle principal, vacía de transeúntes. Aguardó con el motor en marcha hasta descubrir la figura de alguien a quien poder preguntar. Por fin distinguió al viejo pescador que esquivaba el chaparrón bajo los aleros. Aunque a este no le hizo mucha gracia abandonar por un momento su refugio de la orilla para responder a las dudas nerviosas de un conductor extraviado, así y todo, contestó sin un mal gesto...

-La carretera no sigue. Está usted en la costa! O vuelve por donde vino o...

Debió notar el rostro perplejo del hombre que le preguntaba y, mientras volvía a resguardo de los aleros, apostilló:

- Dos manzanas más al fondo tiene el hostel de la señora Olmos... Hace una noche de perros, oiga!

No le faltaba razón al viejo marino, nada mejor que la opinión de un experto pescador para seguir el consejo a pies

juntillas, por lo que se dirigió en dirección al hostel dispuesto a capear la noche del modo más cómodo.

Cuántas veces le escuchó decir al doctor Vincent que no debía encerrarse ni aislarse, que necesitaba exteriorizar sus inquietudes, conversar, compartir tareas o colaborar en cualquier acción con implicaciones sociales. Cada vez que le soltaba la perorata lo acompañaba con un tratamiento de pastillas destinadas a frenar su ansiedad y controlar su sueño que, por el contrario, solo conseguían dificultar y reducir el tiempo destinado a dormir. Sin embargo, en casa de la señora Olmos dormía quedaba toda la mañana por delante antes de que con ganas casi se deseara la hora de la comida. El tiempo transcurría en la villa sin preocuparse de mirar el reloj, los paseos por el muelle o las tertulias en el bar del hostel entonaban las tardes de modo que parecía que el tiempo se hubiese tomado un respiro también para olvidarse de todo

lo que no tuviera nada que ver con la calma o la paz. Las conversaciones con Mauri, el viejo pescador, repasaban hechos pasados aunque liberados de la importancia actual. Le agradaba escucharle, mientras el pescador preparaba un montoncito de tabaco para su pipa de motivos marineros y hablar con él, cuando la encendía y aspiraba, pues casi pertenecían a la misma generación si bien los obligado a pernoctar. La urgencia de las circunstancias impusieron que tampoco tuviera a mano las medicinas que metódicamente pretendían dominar su vida y, sin embargo, las tostadas rebanadas que la propia señora Olmos subía a la habitación ofrecían el remedio milagroso del mejor de los desayunos. Luego, quedaba toda la mañana por delante antes de que con ganas casi se deseara la hora de la comida. El tiempo transcurría en la villa sin preocuparse de mirar el reloj, los paseos por el muelle o las tertulias en el bar del hostel entonaban las tardes de modo que parecía que el tiempo se

hubiese tomado un respiro también para olvidarse de todo lo que no tuviera nada que ver con la calma o la paz. Las conversaciones con Mauri, el viejo pescador, repasaban hechos pasados aunque liberados de la importancia actual. Le agradaba escucharle, mientras el pescador preparaba un montoncito de tabaco para su pipa de avatares de sus vidas a pierna suelta desde aquella primera vez en que casualmente se vio motivos marinos y hablar con él, cuando la encendía y aspiraba, pues casi pertenecían a la misma generación si bien los avatares de sus vidas distaban en detalles considerables. La mar moldea la cruda arboladura de los hombres que la trabajan y el viejo Mauri desconocía el significado de la palabra médico... A diferencia del pescador, a él no le habían faltado penurias que solventar, sobre todo y muy a pesar suyo, los últimos padecimientos de su querida esposa, demasiado recientes aún, pero algo había en el modo de enfocar los problemas

que originaba un abismo entre ambos a la hora posterior de extraer conclusiones. Con el viejo marino aprendió el secreto del optimismo, sobre el que tanto había oído predicar sin interés. Las lecciones que Mauri sacaba de un obstáculo pasado lograban hacer desaparecer el problema mismo e, incluso, su posible repetición. Y esto era algo que a él le regocijaba, tan asaltado por los mismos fantasmas, pues le entroncaba de nuevo a la realidad, sin cargas ni peso sobrante. Al final, una buena risotada entre amigos o un paseo por los acantilados desentumecían el óxido acumulado de la fatal seriedad y todo volvía a colocarse en el orden y en su sitio justo.

Los viajes a la villa se fueron haciendo más frecuentes. Primero, con excursiones o algún fin de semana, luego pequeñas temporadas que le devolvían a casa renovado. El propio doctor Vincent se mostraba satisfecho con los resultados de su tratamiento al comprobar los avances de su decaído ánimo. No

podía imaginar que las medicinas descansaban al fondo de un cajón, tan abandonadas como sus intenciones de asistir a rueda terapéutica alguna. Solo de pensar que volvería a la semana siguiente a la villa una diáfana alegría se le reflejaba en el semblante, imposible de disimular.

Al principio fue tan solo una fugaz idea que se le pasó por cabeza. Luego, ayudado por el tiempo y el sosiego para la reflexión, fue madurando su proyecto hasta adueñarse por entero de su entusiasmo. Poco a poco fue cambiando vínculos, no tenía nada de descabellado trasladar su hogar a donde se sentía más a gusto. Además, hacía tanto que no sabía lo que era sentirse así, casi lo había olvidado.

Comenzó por desprenderse de su casa de la ciudad. Entre Marie y él habían conseguido convertirla en un hogar, pero ahora era demasiado grande para sus necesidades. En sus amplias habitaciones descansaban los recuerdos,

hablando del pasado irremediable, recordándole los límites del futuro. No fue difícil desembarazarse de ella, estaba bien situada en el centro urbano. A cambio, un pequeño ático junto al hostel de la señora Olmos, en una callejuela paralela, sin tráfico y con vistas a los montes, desde donde se podía respirar el aroma de los robledales en otoño. Cuando la brisa del nordeste volvía a soplar entonces era el olor a salitre añejo el que inundaba cada rincón de la villa, algo que a él le hacía ensanchar los pulmones y tragar bocanadas. Era el olor del pueblo que reconocería entre un millón, inconfundible. Antes, unos meses atrás, apenas para él tenían significado los olores, ni la risa... Sí, ahora se sonreía para sus adentros al recordar las palabras del doctor Vincent en la última visita:

-...No se le ocurra abandonar el tratamiento! ...Si marcha de vacaciones a ese pueblo que dice, por lo que más quiera, siga tomando las pastillas!

Al doctor Vincent lo avisaron a media tarde. Debido a lo escarpado del lugar, ya anocheía cuando el médico forense llegó a los acantilados para levantar el cadáver. El cuerpo inerte de su antiguo paciente yacía entre las rocas, sin señales violentas, casi podría afirmarse que su expresión era plácida; lo examinó. Junto a él una pipa con tabaco sin encender descansaba en el suelo...

- Él no fumaba...

Finalmente, relleno el último apartado del informe por fallecimiento: causa natural. De regreso por la autovía el doctor consultó el mapa... Los Acantilados! No existe ninguna población con ese nombre... El inspector que conducía el vehículo aseveró:

-Ahí se acaba la carretera...  
Estamos en la costa!

## LA CARAVANA

Todos los días ocurría lo mismo, la entrada a la ciudad se veía colapsada por la numerosa afluencia de vehículos que regresaban de sus trabajos. Al menos era necesario invertir algo más de dos horas en cada ida y vuelta para alcanzar el destino. Era difícil acostumbrarse a la misma larga espera siempre a la última hora del día. Jean había probado de todo para hacer de ese momento algo productivo, primero aprovechó para repasar los informes que quedaron pendientes en la oficina, pero así no lograba sino llevarse más deberes a casa por lo que, luego, optó por escuchar la colección de música que Mirna le regaló por Navidades, incluso, se aprendió un curso completo de italiano para comerciales, aunque flojeaba en la concatenación de frases en cuanto se salían del esquema preestablecido. Cualquier pretexto resultaba válido para tratar de distraer tan

tortuosos instantes: los crucigramas, hablar por teléfono, yoga para conductores... Avistar la torre del puente de Aubry significaba reavivar la esperanza, era la señal esperada pues una vez traspasado el túnel la circulación se volvía inusitadamente más fluída y, casi con asombro, los conductores parecían descubrir que de nuevo los coches podían acelerar.

Hoy Jean estaba particularmente cansado, las últimas semanas habían sido especialmente duras con aquella amenaza de fusión en ciernes. No había podido desenvolver su trabajo con normalidad y tampoco había tenido un descanso para dedicárselo a Mirna, también bastante agobiada por su rutina diaria. Ella trabajaba al otro lado de la ciudad, así que hasta el atardecer no podían encontrarse ni hacer vida de hogar. Quizás por eso la llegada de los niños se retardaba tanto, de tenerles no podrían verles hasta la noche, así que era impensable organizar la vida de acuerdo a otro sistema que no

fuera del trabajo a casa y con el tiempo justo. Eran jóvenes y podían resistir de momento el infame trajín pero, además, el fin de semana era corto incluso para descansar por lo que el agotamiento se acumulaba contribuyendo aún más a un incierto futuro de paz y estabilidad. Se estiró en el asiento y estrujó los nudillos produciendo ese chasquido de huesos que a ella tanto le molestaba. La fila de coches avanzó unos metros, imperceptible, antes de volver a estancarse bajo un tórrido sol que ya comenzaba a perder fuerza.

Veinte minutos antes había pasado frente a la bifurcación que lleva a la pequeña población de Grenach, recordaba con agrado el día que Mirna y él se acercaron a conocer la aldea. A él le llamó la atención aquella casa de piedra y madera con su huerto anexo que descansaba en el lomo de la ladera, de espaldas a la autopista. Lástima que ella era lo que se dice una mujer urbana, nacida, criada y

desarrollada en la ciudad, gustaba de tener todo a mano, las comodidades y sus inconvenientes. Aunque él también nació en la ciudad le atraía la idea de rodearse del entorno calmo y saludable del campo, estaba dispuesto a realizar sacrificios, a intentarlo, porque el proyecto lo merecía y solo el mero hecho de prepararlo le distanciaba de la preocupación obsesiva a que le sometían sus faenas cotidianas. Le dolía el muslo en su parte interna de pisar el embrague tan sostenido, la hilera de automóviles se movía perezosa sin permitir relajar la tensión del pie. A ratos la caravana se detenía para, en espaciados trompicones, reanudar la lenta marcha.

Apagó brusco la radio, interrumpiendo el discurso de noticias sobre las elecciones con que llevaban bombardeando las ondas desde hacía meses. Su ánimo no era esa tarde el óptimo y, contrariado, empezaba a mostrar los primeros síntomas de impaciencia y fatiga mental, aquella condenada cola no se

movía. Salió del coche para despojarse de la americana y, sudoroso, volvió al asiento, se remangó las mangas de la camisa mientras resoplaba con malhumor. Su mirada chocó con la de una señora que conducía, en paralelo, y que repentinamente cambió la vista quizás para esquivar el impulso feroz de sus pensamientos. Jean agachó la cabeza tratando de serenarse y reflexionar, ella no tenía la culpa... Los tres carriles de la carretera estaban infectados de coches, de máquinas humeantes y ruidosas que apenas avanzaban un palmo desde hacía casi una hora, mientras lo que restaba del sol de la tarde se preparaba para esconderse detrás de las colinas tristes, aburridas ante panorama tan grotesco, incapaces de llegar a comprender. Un nuevo trompicon vapuleó las filas de coches que, casi al unísono, se movieron para adelantar unos pocos metros.

Cuántas tardes detenidas ante el mismo paisaje quieto, cuántas horas de espera para repetir a la

mañana siguiente, al siguiente día, cada semana y cada mes, durante todo el año incluyendo los festivos. Cuántas veces mientras esperaba le pasó por su imaginación hacerlo, sí, llevar adelante aquella locura, dejar aquel puesto que tantos años de estudio le costó, la empresa de prestigio por la que cualquier profesional que se precie pagaría por entrar, abandonar las crueles rencillas, las batallas de celos entre competidores en su trepidante carrera por acceder a escalones más altos, sí, olvidar aquella vorágine despiadada que le robaba la tranquilidad y, con el tiempo, lo sabía, su alma. Le había ya hecho añicos el ansiado espíritu hogareño que tanto acarició cuando iba a casarse con Mirna, a ella también le había defraudado, había cambiado su carácter, resignado tal vez, esclavizados ambos por las circunstancias. La cola no se movía desde hacía diez minutos y Jean notaba bullir la quemazón, su descontento había aumentado en tan grandes proporciones que, sorprendido, se encontraba

cargado de toda la energía necesaria para atreverse a dar el paso... Decidido, salió del vehículo, abrió el maletín y lo tiró contra el suelo pisoteando los papeles que no volaron. Dejó la puerta del coche abierta y, mientras se alejaba andando en dirección contraria, se desanudó la corbata y la tiró al aire sin mirar, sin importarle donde cayera... Qué diantres! Al demonio todo!...

Estaba harto de las colas, de las esperas, de su vida milimetrada e insignificante, de su escaparate de pareja fija, de no oponerse a la corriente irremediable que le devolvía al rebaño, de no poder cambiar el rumbo de los acontecimientos ni el de una noche siquiera. Volvería a Grenach, anotaría el teléfono del cartel que colgaba de aquella casa de madera y piedra, tanto dinero de tanto trabajar habrían de servirle ahora de utilidad para comprarla, para transcurrir sus días al ritmo de la paz y el calor junto a una Mirna más feliz, ella tenía que comprenderle, era su amor lo

que estaba en juego... Estaba más que asqueado, pero ahora de repente se sentía fuerte y lleno con esa decisión, casi empezaba a sentirse libre caminando entre los vehículos que, estrepitosos, hacían sonar sus bocinas sin dejar de vociferar...

-¿Eh, oiga!, qué hace? ¿Venga, hombre!...?

El estruendo creciente de los bocinazos fue lo que le hizo despertar, sobresaltado, agarró el volante con las dos manos y metió la marcha. No podía verse la torre de Aubry porque estaba justo encima, pero la caravana entraba ya a la boca del puente. Delante, las luces de los vehículos desaparecían con rapidez, ávidos por alcanzar la salida del túnel...

## A PRIMERA VISTA

Desde pequeña sobresalió por su carácter desobediente e indomable. Su padre lo achacaba a que nació cuando las mareas decrecían, pero sabía que la naturaleza de los seres está marcada por el entorno en que crecen y se desarrollan y, por ello, albergaba la esperanza de que algún día ella misma encontrase la medida justa. Sin embargo, lejos de agradar las expectativas de sus progenitores, la niña gustaba de arriesgarse siempre hacia límites más ignotos e inexplorados ya impulsada por sus irrefrenables ansias de conocer ya por poner así de manifiesto la rebeldía de su carácter.

A menudo recalaba en aquella zona apartada de la costa, al otro lado de la barra de arrecifes, una frontera que traspasaba con indiferente atrevimiento a pesar de las inútiles advertencias de sus amistades más preocupadas. En una ocasión, mientras se bañaba entre las rocas, se vió sorprendida al emerger de repente de una de

sus zambullidas. A sus espaldas oyó el silbido melodioso y el chapoteo inconfundible de una embarcación. Cuando se volvió, el hombre volvió a silbar al descubrir sus pechos desnudos y, desde cubierta, se echó a reír, abriendo mucho los ojos y saludando con la mano abierta mientras se alejaba.

A ella le gustó su porte distinguido desde el puente de mando, su aire resuelto y simpático, su esbelta figura recortada entre los azules de cielo y mar. Esa fue la primera vez que lo vió. Después, a lo largo de sus osadas correrías, se ocupó de averiguar dónde continuar observándole a escondidas, con curioso detenimiento. Así, desde la distancia, se fue fraguando un sentimiento de amor oculto que daba respuesta a sus inquietudes y, a la vez, colmaba todas sus ansias de exploración.

En otra ocasión, contempló desde la playa las luces que engalanaban la Gran Mansión y la fiesta que allí celebraba el Capitán, en honor de su tripulación, con motivo del Día

del Mar. El lujo y la pomposidad se reflejaban en los uniformes solemnes y en los elegantes vestidos de las mujeres que bailaban en los espaciosos salones, bajo las enormes lámparas de lágrimas, al son de la música orquestada.

Desde la ventana, la muchacha observaba boquiabierta tal fastuosidad, al tiempo que buscaba con la vista la atractiva figura de su amor de ensueño. Por fin, lo descubrió al fondo, brindando con su copa entre los comensales, casi al mismo tiempo que él se topó con sus ojos vidriosos tras el cristal. Con la copa en alto, el Capitán quedó inmóvil por un instante, para luego intentar abrirse paso entre la muchedumbre. El Capitán atravesó el jardín escrutando cada rincón hasta llegar al límite con la playa, desazonado, sin encontrarla.

La muchacha se había dado cuenta, sabía que no podía permanecer allí por más tiempo y huyó por la parte trasera hacia la playa, rápida, para sumergirse antes de que nadie pudiese

descubrir su cola de pez... La sirena dejó tras de sí un rastro ondulado de reflejos de plata.

## LA OTRA ORILLA

Llegó el momento que había estado esperando. Los guerreros marchaban de expedición una vez más y, como de costumbre, a su regreso nuevamente se trasladarían de asentamiento como venían haciéndolo hasta donde alcanzaban sus primeros recuerdos. Sobre todo, le gustaban las historias que en la noche contaban los guerreros adultos y que hablaban de su origen, de la tribu y de la selva, la madre de todos los hombres-luna. Sus ojos de niño grande se iluminaban cada vez que oía narrar la creación del mundo del lecho del río... La luna enamorada se bañó en su cauce hasta que el rey de los árboles-

liana enredó de celos su amor y, envidioso, lo maldijo. Desde entonces la luna regresó para siempre al cielo de la noche y, solo en raras ocasiones, ataca con sus rayos a todo aquel que vagabundea en solitario, víctima de amores imposibles...

Pero él no tenía miedo, era un muchacho intrépido y, además, quería convertirse en un valeroso guerrero para sacar a su gente algún día de aquella condena y poder llevarles al lugar seguro que se merecían, lejos de aquel errático vagar a orillas del gran río. Las respuestas de los ancianos a sus dudas lejos de convencerle le incomodaban, incapaz de soportar el amenazador mensaje de los peligros que acechaban en la otra orilla. Aquella explicación no bastaba para la ávida mente de un muchacho-luna y, en cuanto desaparecieron los guerreros, se dispuso a desentrañar el misterio por sí mismo. Se adentró en el río sagrado y empujó la canoa corriente abajo, precisamente en

la dirección que tenían prohibida los hombres de la tribu.

A golpe lento de remo vadeó pegado a la orilla, dejándose llevar por el manso discurrir y evitar así el centro del enorme caudal. A tramos, el cauce llegó a ser tan ancho que la otra orilla se disipaba en un horizonte de brumas. Después de remar toda la tarde y casi una noche, el río comenzó a estrecharse y surgieron las primeras rocas, enormes moles sembradas en mitad de su curso, ahora no tan profundo. La vegetación se agolpaba en los bordes invadiendo el dominio acuático y, a modo de bóveda arbolada, con su entramado de lianas creaba un pasillo de verdes variopintos que apenas dejaba pasar la claridad del día. En aquella zona, la tierra embarrada se hundía en el agua y, antes de avanzar otro centenar de pasos por la orilla, ocultó la canoa entre la maleza. Más adelante, abandonó decidido la orilla maldita que jalonaba de miedos cada historia de sus antepasados y entró al claro. El sonido de la selva también

cambió, a la vez que la luz del cielo se transparentaba en las grandes hojas y creaba halos de penumbra entre las lianas.

Siguió avanzando cauto y, camuflado entre la vegetación, observó las extrañas construcciones de madera que descansaban en el centro del claro. Nunca antes había visto nada igual, algunas echaban una columna de humo y otras guardaban ganado en el cercado contiguo. Entonces oyó las voces y pudo distinguir al grupo de niños que jugaban hasta que, de pronto, aquel ruido atronador le sobrecogió, se tiró al suelo asustado, quería taparse los oídos, pero pudo más la curiosa emoción que le embargaba al encontrarse con tanta novedad.

En verdad que se trataba de un panorama insólito para él, algo nunca imaginado que ningún relato de los ancianos recogió jamás... Al fondo de las cabañas aparecieron las primeras máquinas con su estruendoso rugir. El verde de la selva había desaparecido bajo su peso y, sobre la tierra allanada,

se apilaban los troncos de los árboles con su amputado gesto de dioses caídos, mientras otras máquinas también humeantes se ocupaban de transportar a rastras sus cadáveres. Los ejemplares más erguidos rasgaban el techo tupido del bosque en su vertiginoso caer. Le distrajo de su estupor el corro de mujeres que cruzaba la explanada, seguidas de los niños que correteaban alborotados. Una de las muchachas se había separado del grupo y se encaminaba hacia el río, muy cerca de donde él se encontraba apostado. Tan cerca que pudo escuchar su respiración al pasar junto a su improvisado escondite. Detrás de aquel montón de bidones de gasóleo vacíos escrutó el grácil movimiento de la muchacha. Le llamaron la atención sus vestiduras, le resultaba extraño que alguien en aquella selva cubriera de ese modo su cuerpo. Al poco, contuvo el aliento absorto en contemplar cómo la chica iba despojándose una a una de sus ropas y, tras posarlas con

cuidado en el recodo, se sumergió desnuda en las aguas... Un chasquido a su espalda le advirtió del peligro cuando ya era demasiado tarde. El barbudo hombretón le sujetaba por los cabellos mientras gritaba para llamar la atención de los otros hombres que manejaban las máquinas...

-¡Eh, mirad qué he encontrado!  
¡Un condenado salvaje!, venid...

En su frenético pataleo el muchacho acertó a golpear las partes del casual carcelero, que rodó constreñido por la maleza sin dejar de perjurar. La muchacha del río, interrumpida en su baño, se cubrió los pechos justo cuando el muchacho salvaje pasó junto a ella como una exhalación. No obstante, al indígena le dio tiempo a contemplar de cerca el rostro de la muchacha y la brillante expresión reflejada en sus ojos mientras, de un salto, se zambullía en las oscuras aguas. Braceó hasta la otra orilla y, una vez allí, se entregó en veloz carrera sorteando lianas, ramas y rocas. Atrás podía percibir el

vocerío de los hombres y, luego, sintió silbar a su alrededor los disparos de sus máquinas de fuego, capaces de perforar los árboles. El pánico le impidió reconocer el sitio donde había escondido la canoa y, además, la proximidad de sus perseguidores le obligaba a avanzar sin denuedo. Corrió hasta cansarse, hasta que los sonidos de la selva de nuevo se erigieron en dueños de aquella margen inhóspita. Aún hubo de bordear a nado el río en todo su largo, ayudado de la corteza seca de un tronco y a pie en los tramos más anchos.

Regresó con la faz cambiada en su alma de muchacho, impresionado por la experiencia vivida. Sus dudas y rebeldía habían quedado resueltas con aquel otro temor aún mayor... No podía olvidar los ojos del río en aquella muchacha. Llegó al poblado de los guerreros-luna justo cuando ya levantaban el campamento. No preguntó ni rechistó, se incorporó silencioso a la comitiva de la tribu, a la búsqueda sigilosa de senderos nuevos en la espesura cercana al

río, pero... siempre en la otra orilla.

## A LA DERIVA

El contorno costero había desaparecido de la línea, ahora limpia, del horizonte. Había navegado sin descanso, obsesionado por perder de vista cualquier atisbo de tierra firme. Aquel año el curso había sido demasiado intenso e, incluso, su padre se había excedido en su exigencia por no desaprovecharlo insistiendo de continuo en la parte del futuro que estaba en juego. Por eso, todo el objetivo de aquellas vacaciones era relajarse distendidamente hasta la saciedad y, así primero, había que aislarse de todo ruido que sonase a recuerdo de hábito

rutinario. Para ello cogió el velero de su padre y salió mar adentro. No dijo nada, tan solo dos días y volvería, renovado. Esa noche el mar también dormía y balanceaba el balandro con su mecer calmo. Sin embargo, como en otras ocasiones, aquel maldito juego mental no le dejaba conciliar el sueño. Lo achacó a la influencia cercana de las obligaciones cotidianas, de las que aún no había logrado desembarazarse en su totalidad. Ahora que necesitaba descansar y dormir era cuando se le planteaban a modo de desafío aquel tipo de dilemas que le hacían perder el tiempo, pero imposibles de eliminar a su pesar. El reto en sí era sencillo... Había dedicado la tarde a practicar nudos en cubierta, mientras las velas se dejaban llevar por una brisa suave y generosa. Practicó los nudos marineros que ya conocía, se ató un brazo, las piernas, utilizó también las cornamusas y, a la vez, aprovechó para intentar aprender algún otro nudo nuevo. Y ahora, en vez de descansar,

aquella pesadilla sin fin le debatía en si un hombre atado por el tobillo a un cabo que arrastraba un velero, empujado por el viento, tenía posibilidad de salvación. Para él no había problema pues, incorporándose para agarrarse el pie y alcanzar el cabo, solo había que jalar la cuerda con uno y otro brazo hasta subir a cubierta. Sin embargo, otra voz en su cabeza le intranquilizaba con la posibilidad de que la creciente velocidad del velero, impulsado por fuertes vientos, resultaba proporcionalmente superior al esfuerzo necesario del hombre, no para alcanzar su pie y el cabo, sino incluso para poder incorporarse. Ante tal impetuoso avance el hombre, incapaz de reaccionar y moverse, vería cómo el cielo desaparecía bajo el mar, hundiéndose entre bocanadas de agua.

En la mañana del día siguiente el helicóptero, desde arriba, logró atisbar el velero y dio parte a Comandancia Marítima. Por fin, la lancha guardacostas encaminó su rumbo al barco

desaparecido durante dos días. Ya antes, su padre había avisado, preocupado por la tardanza. Al llegar a la amura de babor, los guardacostas encontraron un cabo atado a bordo del que pendía el cuerpo del joven, por un tobillo, semihundido y ahogado en el mar. Es una peligrosa maniobra, parecieron decirse con su mirada mientras rescataban el cadáver del agua. Un cambio imprevisto del viento puede jugar una mala pasada, lo saben todos los marinos. Una trasluchada de popa golpea al tripulante, desprevenido, que pierde el equilibrio y cae al agua, quedando así a merced del oleaje mientras su barco sigue alejándose... Pero, ¿por qué llevaba atado su tobillo aquel muchacho...?

El mar silencioso callaba sus olas entre los reflejos luminosos del sol que nacía. Como si el viento andara escondido ni siquiera había brisa y las velas flameaban al sol, quietas.

## FLOR DE ISLA

Su nombre significaba Flor de Isla y fue un regalo del jefe Ngo de los Thaá. Su sucesor, primer hijo varón de la segunda esposa, llevaba ya varias semanas enfermo, postrado en la cabaña principal. Ya antes había visto ese temblor sudoroso y frío, lo vió llevarse vidas humanas sin importar barreras de tiempo y de edad. La costa más próxima distaba a cinco días de navegación y, aún así, había que confiar en que no cambiasen los vientos. Elevando sus brazos al cielo y al tiempo que los abría, solemne, el Gran Jefe me miró prometiendo el regalo más preciado a quien fuera capaz de devolver la salud de su hijo.

No había tiempo que perder. Impulsado por la valentía que imprime disponer de vidas ajenas en manos responsables, izé de nuevo las velas y zarpé, presuroso por aprovechar las fuertes rachas de vientos, los mismos vientos rápidos que me habían traído.

Aquel brazo de tierra se asomaba al océano, refrescando al continente. En la Misión había conocido la vacuna, aquel medicamento que obraba el milagro. Una vez alcanzada la costa había que adentrarse por senderos pedregosos, sumergidos en la selva, hacia el interior, abriendo camino para entrar al claro donde se alzaba el campamento. Allí, la Misión reposaba su mísera escasez, aunque espaciosa.

De vuelta y con todo, la travesía le había costado nueve largas noches de prisa sin pausa, intensas de ajeteo. Por eso, al llegar a la Isla atracó en la ensenada, junto a la barra de arrecifes y, en veloz carrera, cruzó la playa protegiendo entre sus brazos la medicina mágica, como un tesoro sagrado. Al atravesar el umbral, el Jefe Ngo se incorporó y de un gesto desalojó a los cuidadores. Preparé la mezcla, asombrado de mi propia calma y, por vía intravenosa, inyecté el fármaco milagroso en el brazo del inerte

muchacho, bajo la atenta mirada de su padre, serio.

Fue al salir de la choza cuando todo el cansancio acumulado se agolpó sobre mis piernas, ahora fatigadas por el peso de la carrera. De repente, sobre mi espalda pareció apoyarse toda la carga del esfuerzo sostenido en solitario desafío. Y así, de regreso al velero, me senté en la arena blanda y cálida de la playa, dorada de atardeceres, que me invitaba solícita a la promesa del descanso merecido. El leve rumor de olas se encargó del resto...

El despertar del silencio fue gradual, poco a poco cada parte se iba sumando al todo. Los árboles de la selva frotaban sus ramas, rozándose las hojas, acariciadas por la brisa. Las aves sobrevolaban la playa en alegre bullicio y el oleaje chapoteaba, travieso, contra los costados del barco. Los obenques tensaban el cielo, en lo alto, tintineando una melodía marinera... Y allí, junto a mí, sentada a mi lado en el lecho de la arena, ella me observaba, impasible... Sería,

tímida, graciosa, velaba mi sueño contemplando el océano en absorta intimidad. Sus ojos oscuros, de plateado brillo, destelleaban sobre la tez aceituna de su piel morena. Sus labios, de suave carnosidad al pronunciar su nombre... Tituanyé, nombre de mujer, significa Flor de Isla y era el regalo del Gran Jefe por salvar su cetro predilecto.

Mientras adujaba las drizas, ya desde cubierta, seguí observando su plácida belleza, quieta, en la orilla de la playa, con expresión imperturbable, jugueteaba con los dedos de sus pies menudos en la espuma de las olas moribundas. Y en su mirada, el fondo del mar, inescrutable e impasible al paso del tiempo, la eternidad misma en su remanso de paz detenida... Bien pudieran sucederse crepúsculos y auroras, brumas, mareas o racheados vientos, que su inflexible determinación ya estaba anclada en ese lugar por siempre, encrucijada de encuentros ya decididos.

Al caer la tarde me acerqué y, sentado a su lado, me rendí. Ella

me derrotó al rendirse antes que yo. Así fue como nos entregamos, aventurados a conocernos, rendidos al misterio de una promesa urdida de invisibles lazos. Cuando pronuncié su nombre, Tituanyé sonrió y me invadió el familiar escalofrío de haber soñado siempre esa sonrisa. Pestañeó justo cuando el cielo se jalonaba de estrellas, cuando la luna bañaba sus reflejos de plata en el mar de la noche. Así nos amamos y acabamos por entregarnos, fundidos... El mar, la noche estrellada, olas y luna con la canción del viento, nuestros cuerpos y la arena con la brisa enamorada... Nuestros días en la Isla fueron largos, de eterna intensidad, pletóricos de plenitud. Ella se convirtió en mi sombra con vida propia. Tituanyé era un sueño al que, subyugado, me entregué. Acariciar la piel suave de su talle era real, abrazar sus caderas de voluptuosa inocencia, sus senos turgentes besando mi pecho, sentir el jadeo de su apasionado aliento, respirando al unísono...

Zarpé, pero no era yo. Al doblar el Cabo, dejé que el viento de popa me empujase impetuoso, a su merced, lejos de la costa, alejándome del recuerdo, pero no era yo.

No podía ser yo... Siempre su nombre en el corazón del alma, su risa de olas desgranando estrellas como lágrimas susurrando al oído del viento... Flor de Isla! Volveré, Tituanyé!...

## EL LAZO EN LA CAÑA

Margari Noiz destacó siempre, incluso desde niña, su madre se encargó de ensalzar con una enorme lazada blanca su negra cabellera no bien hubo tenido la suficiente cantidad para recogerlo arriba y, después, a ambos lados en dos pobladas y hermosas coletas. De entre todos, era inconfundible y reconocible por sus cuidados lazos blancos de adolescente que siguieron acompañándole en sus años de juventud, realzando su figura esbelta que tan elegantemente contoneaba. Así, Margari creció en el seno de una familia también destacada, sino adinerada al menos distinguida por la riqueza que su padre, capataz de la antigua plantación de bambú, supo recolectar a base de esfuerzo y continuada dedicación.

Sin embargo, son los caminos del amor insospechados desde sus comienzos y, así, la joven vino a enamorarse del muchacho aquel que trabajaba en el

cañaveral, junto a la gran playa, de aspecto tosco, semisalvaje, rudo y ágil, pero de suave tez oscura y profundos ojos de miel. Nunca se olvida la primera vez. Margari entró en la plantación, al caer la tarde, siguiendo las huellas de terciopelo del bello muchacho que la llevaba de la mano. Entre las cabañas, en la de los aperos, allí, él fue desnudándola con calma... Tan solo la dejó vestida con aquel gran lazo blanco que ceñía la larga melena de lacio cabello negro que resbalaba por su espalda, para amarla. Margari conoció el sabor cálido de la piel amada y, así, estremecida en temblor de tiernas caricias, se durmió entre sus brazos, abrazada al salvaje amor, al único capaz de haber conquistado sin rendición su corazón temprano. En ese mismo candor de los cuerpos recién estrenados al amor fue donde se despertó al impresionante espectáculo que se extendía ante sus ojos... Toda la orilla de la playa estaba sembrada de cañas de bambú y, cada una, con un

lazo blanco que el viento hacía ondear en armoniosa danza. El regalo de amor que aquel muchacho le dedicó siempre lo recordaría, incluso más tarde, después que su primer amor marchara y desapareciera para siempre.

También alcanzó la pintora Margari Noiz un lugar destacado en el correr de los años. La firma de la artista adquirió prestigio y renombre; paseó sus obras por variadas y diversas galerías a lo largo de medio mundo. No obstante, regresó a la playa, prefirió escoger la solitaria compañía de aquella orilla que tantos recuerdos entrañables escondía para ella. Allí erigió su casa, a pie de playa, y desde el porche de su amplia terraza, cuyos pilares descansaban en la misma arena que pisó de pequeña, podía contemplar y entablar estrecha comunión con su playa de ensueños. Sobre todo ahora, cuando se apunta el final para dejar adivinarse, cuando había dejado a un lado los pinceles, debido a una artritis degenerativa que le impedía

sostener otro objeto que no fuera el bastón de bambú sobre el que torpemente se apoyaba para moverse. No perdonaba, sin embargo, su paseo marítimo al borde de las olas, aunque tanta playa ahora le sobraba para recorrer en toda su extensión sino con la memoria.

Esta mañana, sin embargo, Margari se ha tropezado en la orilla con una viva sorpresa, un reaparecido recuerdo que, asustada, le ha sobrecogido hasta conseguir inquietarle... Clavada en la arena de la orilla y bañada por las últimas olas moribundas, una caña de bambú, enhiesta y arrogante, otea el horizonte, adornada con un gran lazo blanco que la suave brisa marina vapulea... Le ha parecido escuchar al viento una canción olvidada y, sin sobreponerse, ha regresado hacia el porche de su casa, aunque a duras penas, ansiosa y jadeante.

Hoy leí la noticia en la prensa y me trajo el recuerdo de la historia que mi viejo compañero de viajes me contó en una de nuestras travesías oceánicas, en

los buenos tiempos, cuando la juventud navegaba con su propia vela. La foto de la recién fallecida pintora que venía en el periódico me hizo pensar que aún podía haber durado algunos años más. La encontraron sentada en el porche de su casa en la playa, con la boca y los ojos abiertos, rígida. Mi viejo amigo de correrías me aseguró haberla llegado a conocer y, no quise entonces creerle, pero me confesó incluso haberla enamorado. Recuerdo vivamente su imagen, intrépida y aventurera; él sí que fue un viajero impenitente, me pregunto qué habrá sido de su vida ahora que los años se han ido amontonado...

Doblé el periódico bajo el brazo y me incorporé del entumecido banco del jardín para regresar de vuelta al asilo. La tarde iba cayendo, implacable.

## DE MAR Y DE TIERRA

El ruiseñor, pájaro viajero, paró en la rama del avellano. Una nube redonda de algodón, se tiñó de gris. Y el viento, hasta ahora ausente, silbó en la tarde azul. Bandadas apresuradas revolotearon el cielo sin chocar. Y en la aldea, los perros ladraron roncós. Sólo el caminante mudó su paso por un momento, y también el semblante: la noche se acerca. En el huerto de las encinas buscó abrigo.

El búho se desperezó y un ulular largo y triste hizo parpadear a las estrellas atrevidas. Noche de agosto norteña: el calor y la humedad hacen las paces, y hasta el tedio protesta por respirar. De una rama hermana cuelgan sus botas. Y, sentado sobre su tronco, el caminante acompaña el silencio con una canción: amores de otras tierras, sueños tendidos sobre el horizonte del tiempo. El océano, como el estribillo, no se acaba nunca. Y el marinero de caminos no encuentra fin ni consuelo para

su retorno. ¿Acaso esta noche ha de volver? Sabor único de lo irrepetible. Si el mañana no cabe a bordo tal vez el oleaje estrellado nos oriente el norte. Quizás es un eterno imposible para la raíz anclada.

El petrel, navegante del aire, se posó mástil arriba. Un nubarrón sucio no pudo evitar dejar translucir el sol. Y la brisa suave se tornó caricia cálida. Manadas de peces multicolores cruzaron el espejo del mar, sin tocarse. Ya no se oían los motores graves de la costa. Tan sólo el navegante anunció la mañana con su canto: un estribillo echó a andar.

## El Autor



**Luis Tamargo**

